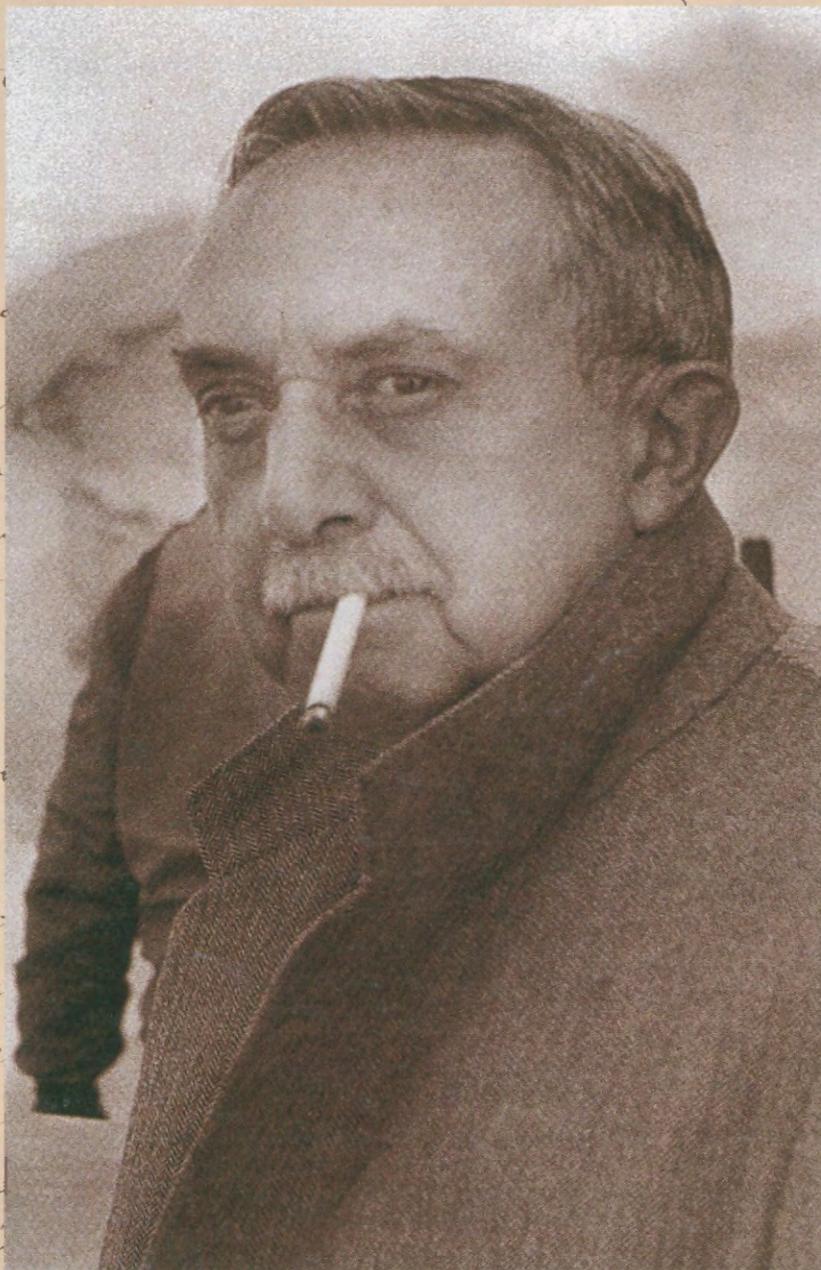


Boletín 93 Editorial

SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 2001

Manuel Jiménez Treviño.



*Destru
mejos
mente
castrar
de bou
desgus
re todo*

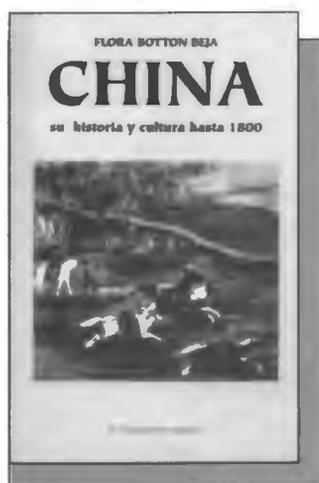
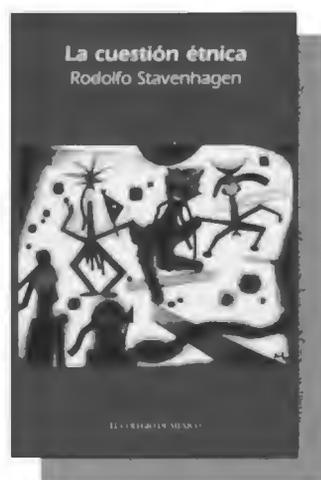
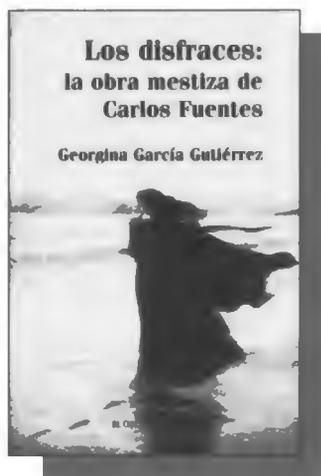
*basea
Todas
han sea
traría
Pedern
Su no
va a u
oposici*

*Lo de
que en
meva
que
oposito
so. Por
adquie
rlo.
don y
besar de
ouperse.
que can
du de lo
vi de
rudo que
do de las
y, por*

*existen, la política, fugas necesarias y tem-
poral, que hace tascancelos en la Cámara y
en los Estados, ha paralizado y desgu-
so entre los estudiantes. En la romprimen*

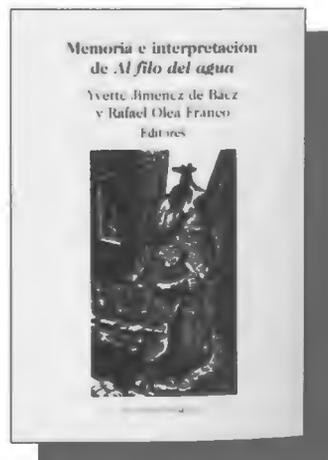
Daniel Cosío Villegas
a 25 años de su muerte

NOVEDADES



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.
Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295.
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx



ÍNDICE

Daniel Cosío Villegas y la modernización
de la historiografía mexicana

■ *Javier Garciadiego* ■ 3

Daniel Cosío Villegas:
la responsabilidad del intelectual

■ *Enrique Krauze* ■ 11

Las llamadas de Don Daniel

■ *Andrés Lira González* ■ 14

El estudio del poder y el poder
del estudio: Daniel Cosío Villegas

■ *Lorenzo Meyer* ■ 20

Don Daniel en El Colegio

■ *Refael Segovia* ■ 25

El legado de Daniel Cosío Villegas,
25 años después

■ *Víctor L. Urquidí* ■ 28

EL COLEGIO DE MÉXICO, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F., Teléfono 5449 3000, ext. 3077, fax 5645 0464

Presidente ANDRÉS LIRA GONZÁLEZ ■ *Secretario general* DAVID PANTOJA MORÁN ■ *Coordinador general académico* CARLOS ROCES DORRONSORO
■ *Secretario académico* ALBERTO PALMA ■ *Secretario administrativo* HUMBERTO DARDÓN ■ *Director de Publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■
Coordinador de Producción JOSÉ MARÍA ESPINASA ■ *Coordinadora de Promoción y ventas* MARÍA CRUZ MORA ARJONA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 93, SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 2001

■ *Diseño* IRMA EUGENIA ALVA VALENCIA ■ *Diagramación y formación* EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO ■ *Corrección* GRACIA FRANCÉS SÁNCHEZ ■
ISMAEL SEGURA HERNÁNDEZ ■ *Portada* IMAGEN ICONOGRAFÍA DE DANIEL COSÍO VILLEGAS

Impresión Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04-1999-112513491900-102.

NOVEDADES



Daniel Cosío Villegas y la modernización de la historiografía mexicana

Daniel Cosío Villegas fue un hombre polifacético: de joven, efímero funcionario, posteriormente intelectual, constructor de instituciones y crítico político.¹ Como intelectual sus intereses fueron igualmente variados: sus primeras aficiones apuntaron hacia la literatura,² luego se dedicó a la economía, pasó después a la historia y consagró sus últimos años al análisis y la crítica políticas.³ A diferencia de lo amplio de sus intereses, como intelectual sus características y rasgos distintivos fueron constantes: a la par de riguroso, Daniel Cosío Villegas fue siempre agudo e intenso: su prosa era incisiva, gustaba de utilizar la ironía y propiciaba la polémica. Sobre todo, fue un intelectual visionario, innovador e instrumentalista. Esto es, fue de los primeros en detectar varios problemas nacionales, y de los primeros en enfrentarlos mediante disciplinas poco desarrolladas en México; por otro lado, nunca fue un erudito ni tampoco un intelectual especulativo o dilettante: siempre creyó que el conocimiento era un medio —nunca un fin— para resolver problemas específicos.

Como historiador, Cosío Villegas destaca como el autor y coordinador de la *Historia moderna de México*, como el diseñador y animador inicial de la *Historia de la Revolución Mexicana* y como el fundador de la revista *Historia Mexicana*, próxima a alcanzar su número 200. Hoy, los multivo-

luminosos estudios acerca de la República Restaurada, el porfiriato y la primera mitad del siglo XX, y la cincuentenaria revista, son elementos reconocidos por todos como definitorios de la reciente historiografía mexicana. Sin embargo, no siempre fue así: al principio también provocaron rechazos y críticas. Obviamente, don Daniel defendió con pasión sus esfuerzos y proyectos mediante polémicas que son ya parte de la historia cultural reciente del país.⁴

En 1947, luego de haber dedicado casi diez años a inventar, crear y consolidar La Casa de España y su sucedáneo El Colegio de México, Cosío Villegas publicó un agudo, oportuno y premonitorio artículo titulado, a contrapelo del optimismo que se gozaba en el país, "La crisis de México".⁵ El impacto fue tremendo: decenas de notas y reseñas elogiaron o rechazaron el breve escrito; unos se solidarizaron con él y otros lo descalificaron pero nadie lo ignoró. Cosío Villegas luego admitiría que entre las numerosas réplicas —cerca de sesenta— una destacó por lo certera y profunda y por el impacto concreto que tuvo en su propia vida: la hecha por José Revueltas. Éste argumentó que la crisis de México no era moral ni política sino "histórica". Exento de cualquier tono irónico, Revueltas aseguró que resultaba "lamentable" que Cosío Villegas perdiera "en forma tan insensata el punto de vista histórico", lo que lo había llevado a críticas "peregrinas" y a ejemplificaciones "superficiales y casi... anecdóticas". Revueltas no tenía dudas: "algo mucho más profundo, con más

¹ Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1976. Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1980.

² Daniel Cosío Villegas, *Obra Literaria*, editor Luis Mario Schneider, México, Clío-El Colegio Nacional, 1998.

³ Daniel Cosío Villegas, *Crítica del poder. Periodismo real e imaginario desde 1968*, México, Clío-El Colegio Nacional, 1997.

⁴ Javier Garciadiego, "Críticas, polémicas y diatribas", en VV. AA., *Cien años de Daniel Cosío Villegas*, México, Clío-El Colegio Nacional, 1999, pp. 69-107.

⁵ *Cuadernos Americanos*, marzo-abril, 1947.



lejanas raíces, mucho más grave y mucho más complicado... produce la crisis nacional".⁶

La observación fue, al mismo tiempo, profunda y firme, atinada y serena. En realidad, Cosío Villegas no sólo recibió una útil lección, sino que el artículo de Revueltas fue un acicate que cambió el rumbo de su vida: a partir de entonces comenzó a trabajar "en las cosas históricas".⁷ Aunque tal parece que Cosío Villegas gustaba de leer historia desde su época estudiantil, fue el sabio consejo de Revueltas lo que "contribuyó a precipitar la atención de Cosío en la historia de México". A partir de ese catártico momento abandonó cualquier otro proyecto que no fuera estudiar la historia reciente del país. Es más, llegó a rechazar una invitación a trabajar en la UNESCO con un salario varias veces mayor al ingreso que obtendría por dedicarse a la investigación histórica.⁸

Acicateado por el señalamiento de Revueltas, respaldado por El Colegio de México, entonces sin programa docente en Historia y dedicado casi exclusivamente a la investigación, y apoyado en el financiamiento de la Fun-

dación Rockefeller, don Daniel —con varios colegas y ayudantes— se sumergió en el estudio de ciertos momentos de la historia del país. Su objetivo no era el de un historiador tradicional, al rescate del pasado en cuanto tal: buscaba conocer la historia como instrumento para entender el presente. Así, al frente de un pequeño grupo de científicos sociales, algunos de los cuales eran historiadores, don Daniel procedió a estudiar el porfiriato y la Revolución para explicarse sus "semejanzas y diferencias" y poder sostener o negar que el gobierno posrevolucionario había devenido neoporfirista.⁹

Aquellos afanes de don Daniel y su equipo de colaboradores implicaron una auténtica transformación en la historiografía mexicana, disciplina que se debatía en una severa crisis. En efecto, había pasado ya el "siglo de oro" de nuestra historiografía, el de los testimonios y reflexiones históricas de muchos de los principales actores políticos de la primera mitad del siglo —como Mier, Bustamante, Zavala, Mora, Alamán, Cuevas y Otero, entre otros—; el de los alegatos partidistas y nacionalistas de los personajes que les sucedieron —como Payno, Altamirano, Prieto, Zarco, Arrangoiz y Roa Bárcena—, y el de los intentos monumentalistas, documentalistas y comprensivos, propios de la estabilidad y el progreso porfirianos —como José Fernando Ramírez, Orozco y Berra, García Icazbalceta, Hernández y Dávalos y Genaro García, o Zamacois, Riva Palacio y Justo Sierra. En cambio, la Revolución mexicana había golpeado duramente el desarrollo de la disciplina: entre 1920 y 1940, cuando el país tenía menos recursos que problemas urgentes y cuando se carecía de la estabilidad imprescindible para permitirse investigar y reflexionar sobre la historia, no pudieron surgir las instituciones que debían promover los estudios históricos. La historiografía de esos decenios fue dominada por las polémicas entre las facciones revolucionarias y por la labor individual de algunos estudiosos, predominantemente conservadores —como Alberto María Carreño, Rafael García Granados y Pablo Martínez del Río, o Victoriano Salado Álvarez y Artemio de Valle Arizpe—, que buscaban un nostálgico pasado que pudiera servirles de refugio contra las convulsiones de los tiempos que les había tocado vivir.

Para comenzar, Cosío Villegas decidió estudiar un periodo cercano, anatema para los historiadores científicos de entonces. Ese tiempo cercano resultó ser el porfiriato, anatema a su vez para los intelectuales, los políticos y las

⁶ José Revueltas, "Crisis y destino de México. En torno a las opiniones de Cosío Villegas", *Excelsior*, 18 y 19 de abril de 1947.

⁷ James Wilkie, *Frente a la Revolución Mexicana, 17 protagonistas de la etapa constructiva: entrevistas de historia oral*, vol. 1, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1995, pp. 119-222.

⁸ Krauze, pp. 153-154 y 157.

⁹ Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, p. 199.

instituciones culturales revolucionarias. Además, resolvió que el estudio no se reduciría a las cuestiones políticas, como hasta entonces se había hecho, sino que incluiría los aspectos económico y social. Hoy, cincuenta años después, las historias económica y social gozan de enorme vigor en todas las historiografías del mundo. Sin embargo, en ese entonces dicha actitud fue radicalmente innovadora. Reacción a cualquier hipótesis, puede afirmarse que con la *Historia moderna de México* nació una visión más redonda, cabal, cuerda y completa de nuestro proceso histórico. En efecto, toda visión limitada a la historia política es parcial y produce resultados deformes en tanto privilegia los acontecimientos bruscos y vertiginosos, propios de las cuestiones políticas. A pesar de que se le criticó por haber estructurado la obra en tres compartimentos distintos y paralelos, lo cierto es que Cosío Villegas siempre insistió en la interrelación de lo político, lo económico y lo social.

Otra novedad consistió en el número y tipo de fuentes consultadas. Contra una tradición de historiadores testimoniales o anticuarios (incluso propietarios de muchos de los documentos utilizados), y contra un desarrollo reciente y precario de las instituciones dedicadas a preservar los repositorios documentales, Cosío Villegas y sus colaboradores hicieron hondas pesquisas en archivos, hemerotecas y bibliotecas públicas, en busca de documentos primarios, periódicos, memorias oficiales y estadísticas, fuentes casi inéditas entonces.

Por último, para redactar tres gruesos volúmenes con la historia política, económica y social de la República Restaurada, y para escribir otros tres para las del porfiriato —que tal era el proyecto original—, don Daniel trabajó en equipo, con algunos autores independientes, llamados investigadores, y con numerosos ayudantes o lectores, en lo que él llamó el “Seminario”.¹⁰ La novedad no es minimizable: así surgió el trabajo histórico en equipo; más aún, con ellos nació entonces el hoy generalizado trabajo colectivo interdisciplinario e interinstitucional.¹¹

Tantas innovaciones, junto con la gran cantidad de malquerientes de don Daniel, explican los numerosos y



severos reparos a la aparición, en 1955, de su primer producto, el tomo dedicado a la vida política durante la República Restaurada. Uno de sus primeros y más abiertos críticos fue Luis Chávez Orozco, adversario también en 1947, cuando rechazó tajantemente “La crisis de México”. Para comenzar, Chávez Orozco reclamó a Cosío Villegas haberle puesto un nombre afrancesado al periodo estudiado, *La República Restaurada*; además, lo acusó de trastornar y trastocar “todo”, al pretender establecer “una nueva cronología de las etapas de nuestra historia”. Por si eso fuera poco, le recriminó haberse rodeado “de un equipo de investigadores e intérpretes que, bajo su dirección, consumen la empresa de redactar la obra”, estrategia que no remediaba la limitación de haber comenzado tardíamente sus investigaciones históricas. Según Chávez Orozco, el método seguido era “malo” e ineficiente, culpable de que se incurriera en “omisiones gravísimas” y en contradicciones “a cada paso”. El origen del fracaso estaba en haberse atendido “a las fichas de sus colaboradores”, auténticos “destajistas anónimos”; la receta que se permitió sugerirle consistía en “leer y releer” personalmente los materiales, con toda probidad y “sin prejuicios ni arrogancias”.¹²

¹² Luis Chávez Orozco, “Cosío Villegas Historiador”, *Excelsior*, 10 y 22 de abril y 4 de mayo de 1955.

¹⁰Para conocer las explicaciones sobre las formas de trabajo de aquel equipo, véase el testimonio de Francisco Calderón, “El taller de don Daniel”, en Clara Lida et al., *La Casa de España y El Colegio de México: memoria 1938-2000*, México, El Colegio de México, 2000, pp. 277-299, y Daniel Cosío Villegas, “Primera Llamada General”, en Daniel Cosío Villegas, *Llamadas*, México, El Colegio de México, 1980.

¹¹Carente de un historiador económico para la República Restaurada, el Banco de México comisionó a don Francisco Calderón como coautor autónomo.



No todas las reseñas fueron así de vitriólicas. Las hubo muy positivas; es más, un par de colegas percibió atinadamente la gran transformación historiográfica que suponía la aparición de la *Historia moderna*. Acaso el primero fue un joven historiador norteamericano, Frank Knapp. Ajeno a los celos, pleitos y rencillas del medio intelectual mexicano, Knapp saludó la historia política de la República Restaurada —periodo al que él dedicaba sus investigaciones— con abiertos elogios: le parecía que el libro alcanzaba una “insólita grandeza” en tanto contaba con “muchas excelencias”, como su “hercúlea” investigación, que remueve “gruesas capas de distorsión”, y su capacidad para “revivir el espíritu de una época”. Proveniente de un medio profesional moderno, en el que los apoyos financieros privados y externos y el uso de colaboradores era más la norma que la excepción, el que se tratara de un proyecto colectivo le pareció “grandioso”.¹³

A su vez, José Fuentes Mares llegó a afirmar que la *Historia moderna de México* era el esfuerzo más ambicioso desde la aparición, en la década de 1870, del *México a través de los siglos*. Fuentes Mares encontró que

¹³ Frank Knapp era autor del libro *The life of Sebastian Lerdo de Tejada, 1823-1889*, The University of Texas Press, Austin, 1951. Para su opinión sobre la obra de Cosío Villegas, véase “Nueva Historia de México”, *Excelsior*, 23 y 25 de abril de 1955. Esta reseña fue publicada también con el título “Rescate de diez años perdidos”, en *Historia Mexicana*, vol. V, número 2, octubre-diciembre, 1955, pp. 244-252.

en el primer volumen publicado se había logrado, a partir de un material “cuantioso en grado superlativo”, y manejado con muy buen “tino”, hacer una “síntesis metódica”, de “estilo sugerente y a veces encantador”. Previsiblemente a Fuentes Mares le sedujo que la obra pretendiera reconstruir “la historia viva” del periodo estudiado. Para él no había duda: sus autores no podían ser simples “principiantes”. Perspicaz y perceptivo, Fuentes Mares descubrió en Cosío Villegas un científico social y un hombre de acción: no le interesaban las “minuciosidades de archivero” ni la historia “como relato”; se acercaba a la historia “como problema”, con la pretensión de “normar” desde la historia “su juicio del presente y su conducta en el futuro”. Para Fuentes Mares era indudable que en Cosío Villegas había un moralista político, y por ello “la lección oculta” de su libro era “la ejemplariedad” de aquellos años de lucha pertinaz por la libertad. Por ello el libro quería ser, según Fuentes Mares, la “expresión de los sueños” del país que entonces fue México.¹⁴

A su vez, el historiador católico José Bravo Ugarte, libre de cualquier sospecha de simpatizar con el liberalismo, reconoció en Cosío Villegas a un historiador original y “escrupulosamente objetivo”, y vaticinó que su obra sería “modelo de investigación y de... exposición”. “Tan sólo se permitió reclamarle, comprensible y previsiblemente”, que su “criterios” liberal —muy en el alma de don Daniel— le llevara en ocasiones a identificar al país con el partido liberal y, consecuentemente, a considerar al gran conservador como enemigo de México.¹⁵

La polémica fue de tal magnitud, que suscitó la atención de periodistas e intelectuales no dedicados profesionalmente a la historia. Un ejemplo es el de Pedro Gringoire —alias de Gonzalo Báez Camargo—, quien señaló que el amplio interés por la obra se debía a su “tentativa encomiable” de haber sido escrita tanto para los especialistas como “para nosotros, los de abajo”. Además, aseguró que Cosío Villegas había logrado captar el interés general en tanto que el libro en cuestión no era una reseña de hechos

¹⁴ José Fuentes Mares, “Sobre la Historia Moderna de México”, *Excelsior*, 6 de julio de 1955, 1ª Sección, p. 6.

¹⁵ Véase también José Bravo Ugarte, “La *Historia moderna de México* de Cosío Villegas”, en *Historia Mexicana*, vol. V, número 2, octubre-diciembre, 1955, pp. 240-243. Bravo Ugarte reclamó a Cosío Villegas la oscuridad de los títulos de sus capítulos y subcapítulos, sobre todo porque Cosío Villegas había hecho el mismo reclamo a *El Porfirismo* de José C. Valadés, cuyo índice le había parecido “una colección de charadas”.

sino una obra de “interpretación honrada, hecha con esfuerzo de imparcialidad y con hambre de verdad”, sin incurrir en “el arrebato cegador de la pasión política”.¹⁶ Gringoire se permitió opinar también sobre la conveniencia y las desventajas del trabajo colectivo, tan abiertamente criticado por varios colegas. Para él no había dudas: el trabajo “de equipo” había hecho posible “abarcarse dimensiones de terreno” que personalmente Cosío Villegas no hubiera podido escudriñar “ni en toda una vida”. Su conclusión era clara: a pesar de su excesivo “detallismo” y de la existencia de “numerosos saltos retrospectivos” que generaban cierta “confusión”, la exitosa “combinación de obra erudita y de divulgación, la honradez, la labor de equipo y el empleo casi exclusivo de fuentes primarias”, hacían de la obra un libro muy meritorio. De hecho, Gringoire llegó a decir que sólo hasta con Cosío Villegas y su equipo había empezado a escribirse en el país historia “en gran forma”, puesto que antes sólo se había hecho “repertorio de datos y simple crónica de sucesos”, cuando no mera “diatriba ponzoñosa o panegírico exaltado”. Para él, Cosío Villegas habría inaugurado “una nueva etapa de los estudios históricos en nuestro país”.¹⁷

Las elogiosas apreciaciones de Knapp, Fuentes Mares, Bravo Ugarte y Gringoire seguramente irritaron a Chávez Orozco, quien renovó sus afanes polémicos a finales de 1955. Con pretensiones irónicas aseguró que Cosío Villegas había conseguido “conquistar la credulidad de muchos de sus lectores” por lo documentado y lo prolífico de sus escritos, aunque sólo lo lograra por estar auxiliado “de una legión de ayudantes”. En efecto, volvió a reclamarle que utilizara colaboradores “destajistas”, que inevitablemente generaba “incongruencias”; peor aún, sentenció que partir de notas tomadas en “lecturas ajenas” y “clasificadas automáticamente con criterio también ajeno”, impedía “llegar a una síntesis inteligente”. Su método de trabajo resultaba entonces la causa principal de tantos “juicios incongruentes” y tantas “contradicciones”, terminando la obra por resultar “un mosaico en que se intercala, sin orden ni concierto, la verdad con el error”. Sin embargo, según Chávez Orozco también incidieron en ello su novatez, su “escasez de talento”, su “pluma arrogantísima”, siempre con afán



de decirlo todo “en términos categóricos y rotundos”, y el apresuramiento con que se laboraba por el “apremio angustioso” de cumplir un compromiso consignado en un contrato que hay que cumplir “a plazo fijo”,¹⁸ contrato supuestamente firmado, según Chávez Orozco, con la Fundación Rockefeller.

Era previsible que el epíteto de “destajistas” irritara a algunos de los aludidos. El primero en reclamar fue Xavier Tavera Alfaro, quien aseguró que la crítica de Chávez Orozco carecía “de veracidad”, pues el procedimiento de trabajo del seminario no era destajista sino simplemente de colaboración, con una división del trabajo clara y precisa, con lectores y varios autores, entre los que sobresalía Cosío Villegas por ser el autor del mayor número de volúmenes y quien además era el director del proyecto en su conjunto.¹⁹ Tavera afirmó que a pesar de contarse con varios lectores y recolectores de datos, de ninguna manera se hacían “clasificaciones automáticas” del material. La réplica de Tavera se caracte-

¹⁸Véanse los artículos de Chávez Orozco, “Crítica a la crítica de Cosío Villegas”, y “Fe de erratas de la obra de Cosío Villegas”, *Excelsior*, 17 y 29 de noviembre de 1955.

¹⁹Con ironía, Tavera preguntó a Chávez Orozco si llamaría producciones historiográficas a destajo la *Historia de España*, dirigida por Ramón Menéndez Pidal, o la *Historia Universal*, de Walter Goetz, la *Historia de América*, de Ricardo Levene, o cualquiera de las multivoluminosas historias publicadas por la Universidad de Cambridge.

¹⁶Gringoire elogia la honradez de Cosío Villegas, pues no pretendió “destronar un mito sólo para suplantarlo con el opuesto”, y porque siendo liberal, no vaciló en señalar “los errores de los liberales y aún del liberalismo”.

¹⁷Pedro Gringoire, “La Historia Moderna de Cosío Villegas”, *Excelsior*, 8 y 9 de julio de 1955.



rizaba por su sensatez: ni el trabajo colectivo era superficial ni el trabajo individual era anacrónico, pues “uno y otro tienen ventajas y desventajas”; por ejemplo, mientras en el trabajo colectivo “lo que se gana en profundidad se pierde en unidad”, el individual está destinado a incluir menos información, pues es “humanamente imposible que una sola persona ... logre cavar lo que diez o quince”.²⁰

Tavera no se limitó a mostrar las argucias, falacias y trampas de Chávez Orozco; también le hizo ver lo injusto que era llamar “destajistas” a los colaboradores, cuando que para esas fechas ya había aparecido el segundo tomo de la obra, el de los aspectos económicos de la República Restaurada, y cuya autoría individual se acreditaba a Francisco Calderón, autor, por lo tanto, y no mero colaborador “destajista”. En forma por demás atinada Tavera sugirió a Chávez Orozco que evaluara “los resultados” en lugar de limitarse a juzgar el método de trabajo y las técnicas usadas en él. Aunque todavía se demoraron unos años en aparecer los volúmenes escritos por Luis González, Moisés González Navarro y Fernando Rosenzweig, cabría preguntarse si Chávez Orozco persistió en considerarlos “destajistas”. Es obvio que el tiempo, como siempre, terminó por colocar a cada uno en el sitio que le correspondía.

²⁰Xavier Tavera Alfaro, “Del método historiográfico”, *Excelsior*, 6 de diciembre de 1955.

Una opinión que seguramente respetaba Cosío Villegas era la de José Miranda, destacado historiador llegado a México con el exilio republicano español.²¹ Venturosamente para Cosío Villegas, la opinión de Miranda fue positiva: su obra le pareció un “fruto logrado” con varias “excelencias”, entre las que destacaban su “sólida construcción”, su “asiento amplísimo y compacto de datos”, su firme “discurso armador”, bien cimentado y enlazado, su “interpretación comprensiva”. Metafóricamente, Miranda reconoció en Cosío Villegas una vista doblemente privilegiada: cuando se remonta con fines interpretativos tiene “visión de águila”; cuando penetra en lo recóndito, y aun en las conductas individuales, tiene “visión de zahorí”. Según Miranda sus mayores valores eran la “labor remove-dora”, pues gracias a su crítica “despiadada” logra trastocar la visión precedente, y la “emoción” que le impregna a la reconstrucción del periodo estudiado. Igual que a Fuentes Mares, a Miranda le resultó obvio que Cosío Villegas pretendía realizar una historia moral con aspiraciones de “aleccionar a las generaciones venideras”, lo que la hace una historia “fuertemente orientada hacia el presente y el futuro”, rebotante “de mensajes políticos”. Así, a pesar de “uno que otro demérito”, como su “hiperjuicismo”, y su irrealizable deseo de escribir simultáneamente para dos tipos de lectores, el erudito y el general,

²¹Para calibrar la importancia de la obra y del magisterio de Miranda, véase Bernardo García Martínez, editor, *Historia y sociedad en el mundo de habla española: homenaje a José Miranda*, México, El Colegio de México, 1970.

Miranda colocó la obra de Cosío Villegas “entre la flor y nata de la historiografía contemporánea”.²²

Puede confiadamente concluirse que a pesar de la crítica de Chávez Orozco y de otros “incidentes” menores, la obra tuvo una magnífica acogida. Es más, terminó por resultar más voluminosa que lo acordado al principio, con diez tomos en lugar de seis, lo que explica que se rebasara el tiempo fijado para su elaboración: en lugar de concluirse en 1958 se terminó hasta 1972. Como quiera que fuese, para entonces no había ya duda alguna de que la obra en su conjunto era un auténtico “parteaguas” de la historiografía nacional.²³ Comprensiblemente, Cosío Villegas quedó muy satisfecho de su etapa como historiador, e incluso llegó a asegurar que “de todas las casacas intelectuales” que había usado hasta entonces, la de historiador “fue la que me cuadró más”.²⁴ Haber sido historiador durante 25 años lo marcó para el resto de su vida: al proceder luego a analizar el sistema político mexicano, lo hizo con una metodología histórica.²⁵

Aunque en historia no existen los juicios definitivos, hoy, a veinticinco años de la muerte de Daniel Cosío Villegas, ¿quién se atreve a negar la mejora que implicó para la disciplina histórica la profesionalización y modernización promovidas por él? ¿Quién puede cuestionar la gran importancia historiográfica de la *Historia moderna de México*, con su rescate de la República Restaurada y su revisión imparcial del porfiriato? ¿Quién llamaría “destajistas” y “matacuaces” a historiadores de la talla de Moisés González Navarro y Luis González y González? ¿No comenzó con el primero la historia social mexicana? ¿No abrevó el segundo en don Daniel su maravilloso estilo, agradable al lego y riguroso para el profesional? ¿Quién podría negar que con don Daniel nació el estilo moderno y profesional de historiar?

Permítaseme, para concluir, hechar mi cuarto de espaldas. La *Historia moderna de México* fue el factor decisivo en la profesionalización y modernización de la historiografía mexicana y el punto de arranque de los

²² José Miranda, “La República Restaurada, ¿fruto logrado?”, en *Historia Mexicana*, vol. V, núm. 2, octubre-diciembre, 1955, pp. 253-257.

²³ Para una evaluación general y comprensiva, véase la laudatoria pero rigurosa reseña de Charles Hale, “El impulso liberal. Daniel Cosío Villegas y la *Historia moderna de México*”, en *Historia Mexicana*, vol. XXV, núm. 4, abril-junio, 1976, pp. 663-688. Enrique Krauze realizó una correcta antología de esa obra, con el título de *Daniel Cosío Villegas, el historiador liberal*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

²⁴ Cosío Villegas, *Memorias*, p. 208.

²⁵ Véase su libro *El sistema político mexicano: las posibilidades de cambio*, México, Joaquín Mortiz, 1972.

estudios sobre las historias de la segunda mitad del XIX y de todo el siglo XX. Para comenzar, significó “claro progreso” en términos teóricos y metodológicos. Don Daniel entendió claramente que la historia política sólo rescataba una parte del pasado, y que para lograr una visión cabal de éste era preciso rescatar e integrar los procesos y hechos económicos y sociales de aquel pasado. Se dio cuenta que las historias económica y social evolucionaban a un ritmo distinto de la historia política, y que se desarrollaban en espacios más amplios y mediante distintos actores. Don Daniel utilizó una metáfora marina para aclarar el problema: mientras lo económico y lo social constituían el fondo espeso, a veces hasta inmóvil la política era “la marejada superficial”.

Sobra decir que mientras la historia económica tenía en el país apenas un par de predecesores, la historia social resultó una auténtica novedad. Por lo mismo, los obstáculos documentales fueron ingentes. Las informaciones estadísticas eran escasas, fragmentarias y poco rigurosas. El primer censo de población se hizo hasta 1895, pero la información estaba insuficientemente disgregada. Por lo mismo, don Daniel y su equipo tuvieron que reconstruir sus propias series estadísticas.²⁶ Considerando estas dificultades, los resultados logrados aumentan su valor. Por si esto fuera poco, su idea de la historia social era completa, pues además de incluir la esfera cultural —de lo que luego se lamentaría don Daniel, reconociendo que la cultura debió haber merecido un tratamiento autónomo—,²⁷ iba desde la demografía y el análisis de la estratificación social hasta el estudio de la vida cotidiana. Respecto a la historia económica, si bien don Daniel vaticinó su creciente complejidad, para su obra prefirió una historia económica sin jergas ni “terminología técnica”.²⁸ Don Daniel estuvo próximo a introducir otras innovaciones en la historiografía mexicana, pues intentó hacer una historia “verdaderamente nacional y no sólo ‘capitalina’, pero se lo impidió la falta de información sobre las provincias”.²⁹

²⁶ Moisés González Navarro, *Estadísticas Sociales del Porfiriato, 1877-1911*, México, El Colegio de México, 1956; Seminario de Historia Moderna de México, *Estadísticas económicas del Porfiriato: Comercio exterior de México, 1877-1911*, México, El Colegio de México, 1960; y Seminario de Historia Moderna de México, *Estadísticas económicas del Porfiriato: Fuerza de trabajo, actividad económica por sectores, 1877-1911*, México, El Colegio de México, 1964.

²⁷ Cfr. Daniel Cosío Villegas, “Segunda Llamada Particular”, en *Llamadas*, p. 61.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ Véase “Tercera Llamada Particular”, en *ibid.*, p. 103.



Por lo que se refiere a los periodos estudiados, don Daniel tuvo el valor de estudiar etapas ignoradas y anatimizadas de nuestra historia. En efecto, la República Restaurada había sido ninguneada por el porfiriato, y éste había sido satanizado por los políticos y los intelectuales posrevolucionarios. Don Daniel argumentaba que la República Restaurada y el porfiriato tenían suficientes características comunes como para conformar, ambos, una etapa: la de la historia moderna de México; sin embargo, alegaba también que eran tantas sus particularidades, que merecían ser considerados como momentos históricos distintos. Teóricamente, el argumento de la convivencia de continuidades y cambios era irrefutable. Sin embargo, lo mismo debía reconocerse para los tiempos posteriores. Consecuentemente, don Daniel encontró en los gobiernos posrevolucionarios, en contra de la ideología oficial que descansaba en el principio rupturista y fundacional de la Revolución mexicana, numerosos elementos de continuidad y semejanza con el antiguo régimen. Las repercusiones ideológicas y políticas serían enormes. Su visión de la historia cuestionaba la visión gubernamental, basada en la continuidad y la identificación de la Revolución y sus gobiernos con los movimientos nacionalistas y progresistas del siglo XIX, gracias a un enorme salto que le permitía excluir al porfiriato, sin reparar que con ello se

distorsionaba el auténtico proceso histórico nacional y se lastimaba a la historia —como explicación y como disciplina—, que no sabe de saltos ni de exclusiones.

Así, no acababa de terminarse la *Historia moderna* cuando ya don Daniel iniciaba su continuación, la *Historia Contemporánea de México*,³⁰ luego llamada *Historia de la Revolución Mexicana*. Mayor ya de 70 años, endozó su coordinación a uno de sus antiguos colaboradores “destajistas”, Luis González y González. Volvió a trabajarse en equipo. Las críticas de Chávez Orozco, Alberto María Carreño, Rafael García Granados y Pablo Martínez del Río³¹ eran irrepitibles por anacrónicas. El viejo Seminario —o taller— ahora se conocería como “la fábrica”, Los nuevos “destajistas” y sus “matacuaces” son los principales historiadores de hoy: Berta Ulloa, Álvaro Matute, Jean Meyer, Enrique Krauze, Lorenzo Meyer, Alicia Hernández y hasta Romana Falcón, Josefina Mac Gregor y Beatriz Rojas. Don Daniel no sólo hizo historia; hizo historiadores, y los hizo en su taller, en su fábrica: siempre fue un constructor, un hombre “de pluma y pala”.

Como buen constructor, fue un hombre que creció con sus obras. *La Historia moderna* pasó de seis a diez volúmenes, porque don Daniel escribió lo doble de lo planeado, en historia política y en historia diplomática. Es muy probable que en ese descubrimiento histórico de la política y de las relaciones exteriores haya nacido su interés por su siguiente creación institucional, el Centro de Estudios Internacionales, fundado en 1960, en plena elaboración de la *Historia moderna*. Éste es otro de los legados intelectuales de don Daniel: la conveniencia de vincular el análisis político con la perspectiva histórica.

Hoy, a veinticinco años de su muerte, es justo reconocer la importancia de su riquísimo legado, y sería ético cumplir con su ejemplo: trabajo, independencia y responsabilidad ciudadana.³²

³⁰Se comenzó con las pesquisas y los inventarios documentales, llegando a publicarse los libros de Berta Ulloa, *La Revolución Mexicana 1910-1920*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1963; Stanley Ross et al., *Fuentes de la historia contemporánea de México: periódicos y revistas*, 2 vols., México, El Colegio de México, 1965-1967, y Luis González y González et al., *Fuentes de la historia contemporánea de México: libros y folletos*, 3 vols., México, El Colegio de México, 1961-1962.

³¹En su “Primera Llamada General” prometió que su “seminario” sería “un almacigo de nuevos investigadores”. Cfr. Cosío Villegas, *Llamadas*, p. 36.

³²Según don Daniel, no era correcto “aunar el goce del poder político y de la posición social con el trabajo oscuro e ingrato de la investigación”. Cfr. “Segunda Llamada Particular”, en *ibid.*, p. 61.

Daniel Cosío Villegas: *la responsabilidad del intelectual*

“Soy un admirador profesional de las personas de genio”, me dijo en una entrevista Isaiah Berlin. Yo era un admirador profesional suyo y de su obra, como lo había sido de su contraparte mexicana, el liberal más puro de nuestro siglo xx, don Daniel Cosío Villegas. Tuve la fortuna de ser su discípulo y todavía en vida comencé a escribir su biografía. Mi admiración por su trayectoria consta en ese libro publicado en 1980, pero no ha dejado de aumentar por razones que he venido descubriendo al paso del tiempo. Ahora que se cumplen 25 años de su muerte es momento de recontarlas. Se resumen en una frase que podría haber sido su epitafio: se responsabilizó de la vida intelectual mexicana.

La Revolución había mermado los cuadros intelectuales y académicos del porfiriato, y por ello esa generación nacida a fines del siglo xix (conocida como la de los “Siete sabios” y que Gómez Morín bautizó como la Generación de 1915) tuvo que responsabilizarse muy pronto de áreas públicas fundamentales: hacienda y finanzas, sindicatos y gobierno, cultura y educación. A sus 25 años Cosío Villegas impartía una cátedra de “Sociología mexicana” cuyo principal objetivo era conocer empíricamente la realidad social del país sin distorsiones partidistas o ideológicas. A mediados de los años veinte, Cosío fue uno de los primeros jóvenes mexicanos en salir a estudiar a universidades de Estados Unidos, Francia e Inglaterra. El efecto de esa experiencia fue duradero: comprendió el rezago de la universidad mexicana que había dejado de ser pontificia pero no pontificadora, una universidad sin orientación ni vocación para el conocimiento. De vuelta en México, tras un paso fugaz como secretario de la Universidad (donde una turba juvenil estuvo a punto de lanzarlo por una

ventana) comenzó a fundar cursos, publicaciones e instituciones en diversas áreas humanísticas. Las primeras fueron la carrera de economía en la Facultad de Leyes, la revista *El Trimestre Económico* y el Fondo de Cultura Económica. Antes de producir conocimiento había que traerlo, por eso empezó por propiciar la traducción de los clásicos antiguos y contemporáneos y tuvo en su momento la idea de asilar en México a los traductores mismos, a los transterrados españoles. Los beneficios que México y América Latina obtuvieron de esa capitalización intelectual fueron tan grandes como las pérdidas de España, que aún no se repone de esa sangría. Además de incorporarse al Fondo como traductores, los españoles, como se sabe, se establecieron en La Casa de España en México y más tarde en El Colegio de México. Para entonces las áreas de responsabilidad cubiertas por las empresas culturales de Cosío comprendían la economía, la historia, los estudios sociales, la demografía y la filología. Con el tiempo se sumarían los estudios internacionales y políticos. En cada caso había una revista como vehículo de expresión y en algunos, como el de la historia moderna de México, se formaban grupos de investigación, verdaderas fábricas de conocimiento orientadas no sólo a la docencia sino a la edición y publicación. Para cerrar el círculo y poner el ejemplo, a los cincuenta años de edad el propio Cosío Villegas comenzó a volverse un productor de conocimiento histórico. “Me parece increíble la cantidad de cosas que aprendí sobre los liberales y los porfiristas” —me decía, sentado al borde de su pequeña piscina en San Ángel, enfundado en su legendario overol ferroviario, mientras acariciaba a su perrita Cléo y fumaba y tosía enrojeciendo hasta casi estallar— “es como si hu-



biese vivido en esa época”. De alguna forma había logrado, para él y sus lectores, esa trasmigración.

Hoy suena enteramente natural la vinculación de dos palabras: empresa y cultura. Es claro que el Estado no puede ni debe monopolizar las actividades de cultura, y es claro también que la cultura (en sus más variadas manifestaciones) tiene un público atento que la consume. Cosío no fue el primer empresario cultural de México (ese sitio honroso lo tiene otro liberal, Ignacio Manuel Altamirano) pero sí el primer empresario cultural moderno. Desde el principio supo que la solidez y la credibilidad de sus empresas dependía de la independencia económica que lograrán. Sin un público lector suficiente y con una iniciativa privada ignorante o basta desdenosa de la cultura (y para colmo, concesionaria del gobierno) no había más remedio que recabar fondos de instituciones del Estado. Pero Cosío Villegas no hacía negocios con el gobierno. En sus empresas culturales la presencia oficial estaba acotada a lo específicamente cultural y era, sobre todo, transparente: compraventa de espacio publicitario en las revistas y aportaciones para las instituciones de investigación y edición que, al haber sido originalmente concebidas como asociaciones civiles o fideicomisos, no podían re-

partir utilidades ni disolverse en beneficio de sus socios. Cuentas claras: *todo público, todo publicable*. Por lo demás, Cosío Villegas buscó denodadamente diversificar esas fuentes de ingreso. Encontró apoyo en fundaciones norteamericanas y en el público lector mismo, cuando las ediciones del Fondo de Cultura Económica comenzaron a circular exitosamente por el mundo de habla hispana. Fue, en suma, un empresario cultural admirable, no sólo por sus ideas e iniciativas sino por su habilidad administrativa y su rectitud moral: estaba en todo, evitaba el despilfarro, rechazaba la mentalidad becaria, cuidaba la calidad y originalidad de las obras, y tenía como imperativo servir al público, no servir al poder y, menos aún, servirse de él.

“Crítica, crítica severa, honrada, cuidadosa —dijo a sus alumnos en su curso inaugural, en 1925— pero crítica, siempre crítica, aun cuando a veces resulte amarga y dolorosa ... Las cosas buenas están bien. Las malas son las que hay que remediar. Es más honrado saber con lo que no se cuenta que jactarse de lo que se posee.” Entonces su tema fue la deficiente organización agrícola de México. Al inicio de los treinta, la endeble economía; al final de esa década fervorosa y fanática, como buen liberal criticó tanto al fascismo como al comunismo. En los cuarenta y cincuenta, desde esa misma postura fustigó a los dictadores de Latinoamérica, pero con igual preocupación advirtió el riesgo de una revolución marxista en nuestros países. En 1947 publicó el ensayo crítico más sólido de nuestro siglo XX, verdadero obituario de la Revolución institucional: “La crisis de México”, Cosío Villegas tenía una inclinada vocación natural por la independencia. Pero no era fácil ejercerla en el México que le tocó vivir. Hay una correlación directa entre la actividad crítica de Cosío y su autonomía —sobre todo económica— respecto a los sucesivos gobiernos. Entre 1957 y 1968, por ejemplo, Cosío fungió como representante mexicano en el ECOSOC, una agencia clave de las Naciones Unidas. En esos años avanzó en la hechura de sus tomos de historia porfiriana y escribió ensayos memorables sobre América Latina, pero respecto a México su actividad crítica disminuyó y él lo sabía. Por eso en 1965 apuntó que nada urgía tanto como “devolverle su sentido real, verdadero y desnudo” a la vida política mexicana, pero “el buen éxito de esa empresa —agregaba— exige mucho más trabajar fuera que dentro del gobierno ... y pensar por sí mismo, heterodoxamente si es necesario”. Sólo así el intelectual podía cumplir con la “más hermosa tarea que pueda ofrecérsele: transformar el medio en que por ahora está condenado a vivir para

hacerlo propicio a una acción política realmente inteligente". Esas palabras cobraron vida tres años más tarde. El movimiento estudiantil de 1968 desató las amarras. Don Daniel gestionó su jubilación de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y a los setenta años asumió a plenitud una nueva "casaca" (como a él le gustaba decir) la casaca de crítico. Sus memorables artículos de los sábados en *Excelsior*, los ensayos que publicó en *Plural* y sus cuatro *bestsellers* en la colección *Cuadernos* de Joaquín Mortiz crearon su propia demanda y educaron a dos generaciones en la labor fundamental de decir NO al poder, y decirlo con razones. En el México contemporáneo, la crítica democrática es su deudora permanente.

"Hay que hacer pública la vida pública." La frase dio en el blanco, reveló el carácter privado de nuestra vida pública, la tenebra y la grilla, no la plaza pública y el pleno sol. El crítico del poder despertó la conciencia política de decenas de miles de lectores. Porque Cosío Villegas —otro aspecto admirable— no escribía para sí mismo ni para sus colegas. Escribía para el lector anónimo. Cuando le sometí los dos capítulos que había terminado sobre su biografía me comentó, no sin cierta tristeza: "no sé si tengan interés para los lectores". Para entonces la comunicación con los lectores era su fuente de alegría y esperanza. Por eso ideó y realizó la *Historia mínima de México*, emprendió la *Historia de la Revolución Mexicana* y comenzó a aparecer con regularidad en charlas de televisión, si bien con comentarios sobre la vida internacional. Tengo entendido que concibió la idea de producir programas para ese medio masivo, pero su lenguaje propio, como es obvio, era el escrito.

Lo cual me lleva a otra zona admirable de don Daniel: la del escritor, un "escritor parejamente sombrío" según su propio concepto, pero que en sus ensayos y notas, en sus libros de historia y artículos de crítica ofrece mucho al lector. Ante todo un pensamiento claro, sin rebuscamiento, una prosa limpia, activa, directa, sustantiva: "usa un sólo adjetivo —le había prescrito su maestro, Pedro Henríquez Ureña— el justo, el preciso". Un temprano y justificado fracaso como cuentista, una marcada sordera para la poesía, y la conciencia de que esas parcelas estaban habitadas por los grandes autores del Ateneo o por los Contemporáneos, favoreció su inclinación hacia el género del ensayo. Llegó a practicarlo no sólo con gracia y elegancia sino con fuerza, como una derivación natural de su carácter crítico e independiente. Creaba sus propias categorías de análisis y era casi inmune al adoctrinamiento ideológico o académico. Al final le daba una importancia suprema a la calidad de la expresión. Odiaba



ba los terminajos pseudocientíficos. Lo exasperaban las comas.

Aquella mañana del 10 de marzo de 1976, doña Emma y Emma chica, sus nietos y unos pocos familiares, sus discípulos de varias generaciones y algunos amigos nos reunimos a despedirlo en el Panteón Jardín. El Secretario de Educación pronunció unas palabras que no venían al caso. Creo que nadie más se atrevió a hablar, no por temor sino por el azoro de su muerte repentina y la dolorosa conciencia del hueco que dejaba. Cuánta falta nos haría en los sexenios siguientes. Sus contertulios extrañaríamos las comidas de los lunes en "La Lorraine". Pero allí estaban sus instituciones perdurables, los cuadros académicos que formó y sobre todo sus libros. En lo personal sentí como si un abuelo mío, severo y sabio, hubiese muerto. Bordeé la tumba y de pronto, tras un ciprés, advertí la presencia de un escritor que había venido a rendir tributo al empresario cultural e historiador. Yo nunca lo había visto en persona ni había hablado con él, pero ese día, póstumamente, don Daniel me lo presentó. También aquel hombre se hizo cargo de zonas centrales de la vida cultural y política de México por más de medio siglo: era Octavio Paz. Hoy ambos pertenecen a la Historia que con tanto denuedo construyeron. La más hermosa tarea que, con todas nuestras limitaciones, pueda ofrecérsenos es, sencillamente, continuarlos. €

Las llamadas de Don Daniel*

Hablar de Daniel Cosío Villegas en esta Feria del Libro ofrece una oportunidad privilegiada para acercarse, más que a su persona por vía de los recuerdos, a su carácter como intelectual.

En algún párrafo de sus *Memorias*, hablando de alguien afín a él, decía que era un intelectual, y lo caracterizaba como “hombre de libros y de preocupaciones inteligentes”. Frase que no ha de tomarse como definición del intelectual, pues lo cierto es que don Daniel no pretendía concepto alguno, así fuera provisional; era un paso en aquel discurso informal, vívido y lleno de descripciones rápidas e indispensables para atar el relato de los sucesos. Pero lo cierto es que esa frase destacó la figura del hombre entregado a la lectura y afanado, es decir, preocupado, en darle sentido a la experiencia. Esto fue Cosío Villegas, un hombre de libros y de preocupaciones inteligentes, un carácter intelectual del siglo XX.

Sabemos que escribió mucho y bien, la corrección en el lenguaje fue verdadera obsesión. De sus libros dio cuenta en sendas páginas, advirtiendo los requerimientos y las circunstancias que lo habían llevado a escribirlos; lo que podía esperarse de ellos y, si era el caso, respondiendo a las críticas que habían merecido en anterior aparición, pues hemos de recordar que algunos libros suyos recogían textos de ensayos, artículos y notas. Lo que se respira en las páginas de don Daniel es experiencia y sentido crítico, un ejercicio vital que rechaza el virtuosismo conceptual, que acude a la nota erudita sólo cuando ésta es indispensable.

* Homenaje a Daniel Cosío Villegas con motivo del XXV aniversario de su fallecimiento (10 de marzo de 1976), XXII Feria Internacional del Libro, México, D. F., Palacio de Minería, 28 de febrero de 2001.

Cosío Villegas no fue un amante de teorías y disquisiciones, fue un reflexivo implacable, empeñado en la razón práctica que parte de opciones insoslayables para llegar a juicios irrenunciables.

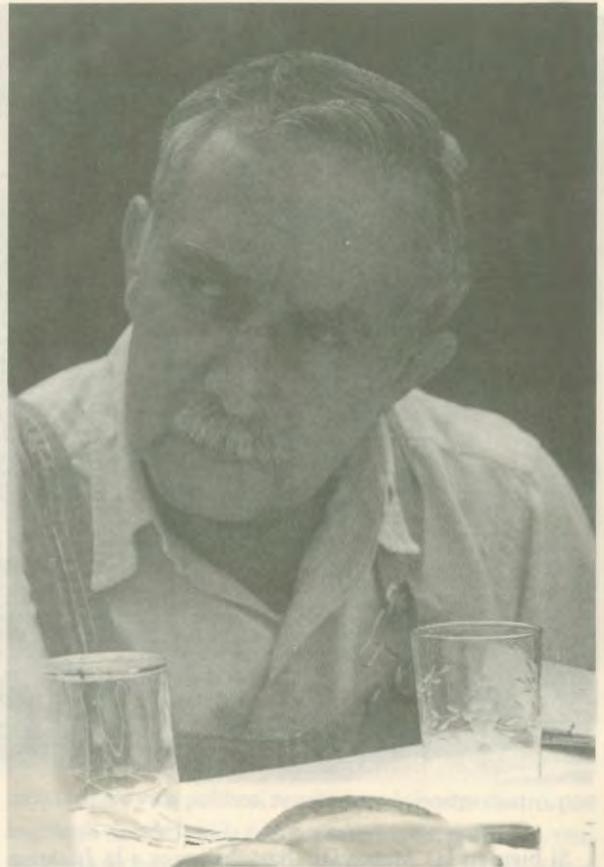
Alguna vez, impresionado por los colofones de los viejos libros del Fondo de Cultura Económica, en los que dice “la edición estuvo al cuidado de Daniel Cosío Villegas” en textos de diversa dimensión y disciplina científica, le pregunté qué tanto había incorporado a sus trabajos personales de tan abundante y variado bagaje teórico, pues la revisión suponía, al fin y al cabo, lecturas cuidadosas y puntuales. Sorprendido por mi ingenuidad, me aclaró que lo del colofón no tenía importancia, era como los letreros de las farmacias en las que se da el nombre del “responsable”, de un titulado que no se halla presente en la preparación de las pócimas o para seguir los pasos de los dependientes. Había la exigencia formal de un responsable de la edición y ahí estaba él como director de la editorial. “Pero, agregé, si no leí todos los libros, si leí muchos y además, sufrí más de lo publicado leyendo manuscritos y padeciendo las traducciones de... (aquí el nombre de algún ilustre especialista y traductor), lo que me provocó más de un disgusto personal.”

El don Daniel de los libros ajenos se pinta en sus notas y reseñas, en la crítica; pero hay más, mucho más que debemos percibir entre líneas, en la actitud del autor que fue creciendo al reflexionar sobre su propia obra, se trata del crítico alerta que se adelanta para entregar sus páginas al público, dando prueba de su preocupación inteligente.

Podría hacer una lista de textos que lo prueban, pero por fortuna tenemos evidencias reunidas: en 1980, al conmemorarse los 40 años de El Colegio de México, se publicó un librito de 251 páginas en que se recogieron las

“Llamadas” que don Daniel antepuso a los diez volúmenes de la *Historia moderna de México* (ocho llamadas particulares y dos generales. La primera general con que abre el tomo I, *La República restaurada. La vida política*, publicado en 1955 y la última en el volumen X, que viene a ser la segunda parte del tomo noveno, *El Porfiriato, la vida política interior*, aparecido en 1972). Nueve tomos en diez volúmenes para una obra que originalmente debió ceñirse a seis volúmenes; que debieron publicarse en un lapso de seis años, y que aparecieron al final de cuentas, al cabo de 17 años contados a partir de la publicación del primero. Pero hay más tiempo, si contamos a partir del primero de julio de 1948, fecha en que afirma haber iniciado las labores en el seminario donde se elaboró la *Historia moderna de México*.

Bien, ese librito en que se reúnen las *Llamadas* precedidas de un estudio por Charles A. Hale, autor de la reseña más completa de la *Historia moderna*, resulta un libro de libros, una expresión de la actitud reflexiva en que se muestra la construcción del conocimiento histórico como relato de la aventura que no alcanza a percibirse, o, al menos, no se percibe claramente leyendo cada una de las llamadas en cada uno de los volúmenes de la *Historia moderna*. La continuidad se advierte en este pequeño volumen de las *Llamadas* cuya lectura aconsejo a quien pretenda adentrarse en el estudio de los diez gruesos volúmenes de la *Historia moderna de México*. Esto como consejo práctico al potencial lector; como recomendación desinteresada, o mejor dicho con interés propio e independiente, la lectura directa y llana de las *Llamadas* se impone por su peso y calidad, pues en ellas se hace visible una doble vertiente: la experiencia del conocimiento y la visión de una época distinguida como “moderna” en la sucesión de un pasado en que son evidentes muchas luchas y pocos cambios en la vida política, económica y social, pasado que va desde 1821 a 1867, y una “contemporánea”, que se inicia con la revolución de 1910, pues según hace ver en diferentes partes y al cabo de una reflexión final, resulta claro que las visiones que los mexicanos, gobernantes y gobernados, tenían del país y de las posibilidades de la sociedad cambiaron radicalmente entre 1910 y 1920, año en que el gobierno de los revolucionarios se inicia con actitud esperanzada, inconcebible anteriormente. La crisis de esa actitud esperanzada, arraigada en la experiencia de Daniel Cosío Villegas (hay que leer su “Justificación de la tirada”, que antepuso a la edición de sus *Ensayos y notas*, México-Buenos Aires, Editorial Hermes, 1966, t. I, pp. 13-35), fue el disparador de los afanes del historiador, según nos lo hace ver Charles Hale en las primeras páginas de las *Llamadas*. Hacia media-



dos del siglo, cuando se acercaba a los 50 de su edad, en 1947, Cosío Villegas publicó el célebre ensayo “La crisis de México”. Sentía que se había perdido la brújula política y el impulso moral que orientaron la actitud optimista de su generación. ¿Sería sólo su edad? Lo cierto es que el ensayo causó revuelo, le procuró amenazas y distanciamientos y, como bien destaca Hale y lo hace notar Enrique Krauze en diversos escritos, reforzó en Cosío Villegas el afán de explicarse la Revolución mexicana partiendo del antecedente, de aquel tramo de la historia de México ausente en la gran historiografía mexicana (recordemos las obras monumentales del porfiriato), que iba de la restauración de la república en 1867 a la caída de Porfirio Díaz en 1911.

No deja de ser interesante el que Cosío Villegas mencionara repetidas veces el 1 de julio de 1948 como fecha de inicio del trabajo que vino a rematar 24 años después, en 1972, cuatro antes de su muerte, tiempo en que se dedicó al periodismo crítico, a la escritura de cuatro libritos sobre el sistema político mexicano y sus límites y a la configuración de sus *Memorias*, publicadas póstumamente para contento de muchos y descontento de algunos.



Si bien en las *Memorias** hay alusiones a la *Historia moderna de México*, hemos de advertir que la explicación de esta gran obra, la más ambiciosa y sistemática que saliera de su pluma, estaba ya escrita en las *Llamadas*, de las que no hemos de desviarnos. La primera general enuncia el propósito, la división de una época que comprendía dos periodos por demás desiguales: la República Restaurada que cubre diez años, de 1867 a 1876, y el porfiriato, que va de 1877 a 1911. El plan era claro: seis tomos en total, tres para cada periodo, uno referente a la vida política del cual se haría responsable el director del seminario, otro para la vida económica y otro para la vida social a cargo de los redactores que como el director se beneficiaban de su propio trabajo de investigación y del que hacían lectores que bajo la guía de cada uno de ellos trabajaban en el equipo reunido gracias a la iniciativa del director general, quien había conseguido apoyo de fundaciones extranjeras e instituciones mexicanas, concurrentes en ese propósito gracias al poder de convocatoria de Daniel Cosío Villegas.

* Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976.

Como autor del primer tomo y como director, Daniel Cosío Villegas destacó la importancia de las fuentes primarias, al hacerlo tuvo en cuenta lo escaso y lo parcial que resultaban, sobre todo para el porfiriato, las obras historiográficas o de interpretación, señaladamente las biografías apologéticas del caudillo. Consideró necesario entrar en detalle sobre el uso de testimonios y dio un ejemplo a propósito del color de un caballo que montaba uno de los personajes. Lo que dio pie a comentarios irónicos de Edmundo O'Gorman, quien vio en Cosío Villegas un advenedizo a las tareas historiográficas. Lo cierto es que Cosío Villegas llegaba con el ánimo de interpretación a una época poco y mal estudiada y, sobre todo, a una época borrada como antecedente de la contemporánea, de la que se había ocupado como economista y crítico de la actualidad; pero esa llegada no fue en blanco, lo cierto es que las primeras expresiones sobre la República y el porfiriato fueron respaldadas por la recopilación y el análisis de la historiografía existente, hay, en efecto, más de un ensayo historiográfico previo a las primeras páginas en las que fue dando razón de la época. En fin, había ahí todo el cuidado posible en quehacer heurístico, hermenéutico y arquitectónico, que si no se mencionaba con estos nombres sacados de manuales en boga, si se detalla al describir las tareas

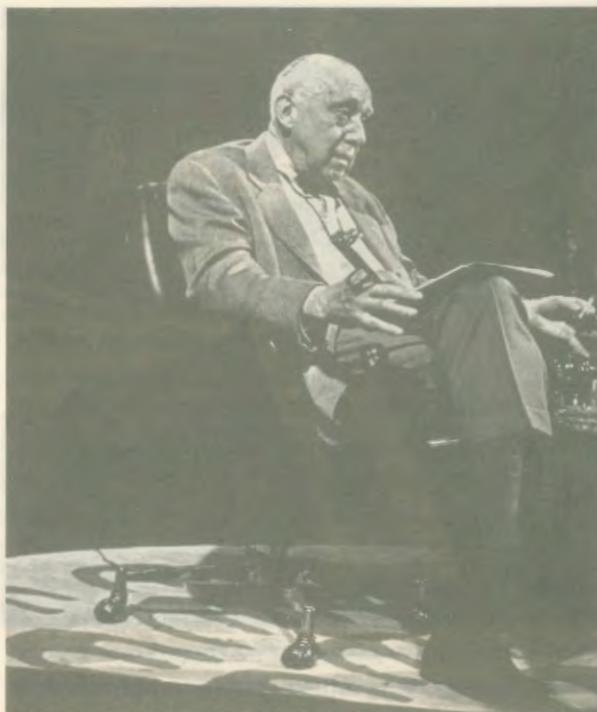
realizadas por quienes participaron en la confección de los tomos de la *Historia moderna* a medida que fueron apareciendo, con puntualidad muy meritoria hasta el tercer tomo y con retraso disculpable en el cuarto, primero del porfiriato y relativo a la historia social.

Tengo para mí que O'Gorman no se molestó en leer más allá del primer tomo, si lo hizo, fue prejuiciado por la descalificación irónica que le mereció la primera llamada general. Como quiera que sea, no valoró la calidad de la aventura del conocimiento —algo que a O'Gorman gustaba mucho— que se fue haciendo patente en las llamadas de los tomos siguientes.

En efecto, ya en la llamada particular del tomo segundo, relativo a la vida económica de la República Restaurada, a cargo de Francisco Calderón, economista convertido en historiador, Cosío Villegas advierte distintos componentes de la realidad que transcurren en tiempos diferentes. Esa percepción es un adelanto de lo que se hará más patente en el tomo tercero, relativo a la vida social de la República Restaurada, donde hay tiempos larguísima, como el del hombre y la tierra y hasta el subsuelo indígena, al lado de diversiones y modas urbanas. Este volumen estuvo a cargo de Luis González y González quien escribió la mayor parte dejando otras tres a colaboradoras notables, Guadalupe Monroy, Emma Cosío Villegas y Armida de la Vara.

En el cuarto, que escribió Moisés González Navarro resultó que las fuentes y las cuestiones que iban apareciendo desbordaron los límites previstos para el volumen primero del periodo del porfiriano. La vida social del porfiriato, objeto de este tomo impuso a Daniel Cosío Villegas la necesidad de dar crédito a los colaboradores y a solicitar el auxilio de Luis González y González y de José Miranda, un joven historiador y un reconocido maestro, para ceñir a la proporción de un grueso volumen en tipografía más apretada las abundantísimas páginas de Moisés González Navarro.

Lo cierto es que ese problema de la abundancia no era imputable sólo al responsable del tomo; la aventura empezaba a complicarse y a prolongarse más de lo previsto en el proyecto de la empresa, como tuvo que reconocerlo en su propia experiencia el director general. Si los dos primeros volúmenes habían aparecido con admirable puntualidad los que seguían con justificable retraso (el tercero incluso siendo benignos con puntualidad), lo cierto es que Daniel Cosío Villegas, al tratar de la vida política del porfiriato en un supuesto quinto volumen se vio rebasado, aunque parezca contradictorio, por la sobreabundancia y por la falta de fuentes. El resultado fue que en vez de un



tomo para la vida política, resultaron a la postre cuatro, por lo pronto dos de la vida política exterior del porfiriato, uno dedicado a Centroamérica, principalmente a las relaciones con Guatemala, otro dedicado a las relaciones con Estados Unidos y con otros países con los que México tuvo relaciones importantes: Inglaterra, Francia y España.

¿Tanto para Centroamérica, en un mundo dominado ya en casi todos los aspectos por Estados Unidos? Sí, explica el autor, precisamente porque Centroamérica y detrás de Centroamérica se manifiesta Estados Unidos en un contexto insoslayable, el de los intereses de esa y de otras potencias que concurren en el gran Istmo americano; ese era el lugar y esa era la historia que había que explicar atendiendo a las expresiones y a las extensiones palpables.

Ahora bien, ¿qué índole de historiografía había que ensayar, qué fuentes y elementos había que ver para adentrarse en tan variadas y complicadas relaciones? La historia diplomática sustentada en documentos formales y en la prensa oficial, resultaba suficiente en algunos trechos; había que acudir al estudio de personajes y caracteres que intervenían en el desenlace de los hechos, yendo más allá de esas fuentes; pero en relaciones más complicadas en las que el contacto permanente de diversas sociedades daba lugar a multitud de conflictos había que ensayar con otro tipo de fuentes y llegar a otro tipo de historiografía. No importaba, el objeto era llegar a la *explicación convincente*.



Para ilustrarlo es oportuno acudir a un párrafo de la “sexta llamada particular”, donde explica el contenido del sexto volumen relativo a las relaciones con Estados Unidos, complicadas por la difícil e irritante realidad de la zona fronteriza que México había heredado después de 1848 y de los reacomodos de la sociedad norteamericana después de la guerra civil.

El lector verá —dice don Daniel— que la querrela internacional descrita en las 200 primeras páginas no podía quedar explicada con sólo los documentos diplomáticos, ni siquiera con el añadido de estudios psicológicos de sus autores: Vallarta, Foster, Mariscal, Mata o Bayard. Era necesario, en efecto, dar con las fuerzas profundas que originaban esa querrela y que la hicieron, además de persistente, peligrosa hasta el extremo de amenazar la paz entre los dos países (p. 168).

Así, sencillamente, a la luz de un trabajo con el que no cargó al lector —como suelen hacer eruditísimos autores, que dan más documentos que discurso historiográfico—, Cosío Villegas iba haciéndole partícipe de la aventura y de la evidencia del conocimiento.

La vida económica del porfiriato vino a resolverse, también en dos gruesos volúmenes y lo mismo ocurrió con la vida política interior. Sin embargo podemos decir que el crecimiento y la tardanza fueron moderados dadas las dificultades que ofrecían las fuentes y la escasez de recursos. Cosío Villegas autor de cinco de los diez volúmenes se

convirtió por necesidad, de historiador de tiempo completo en historiador de fin de semana. Además, tanto él como los responsables de diversos tomos, fueron entregando por cuenta separada reflexiones parciales e indispensables para despejar y consolidar el campo principal de la obra. Se fueron dando artículos, folletos y hasta libros de regular extensión que acompañaron a la *Historia moderna de México*.

De esas tardanzas y prolongaciones se hizo cargo Cosío Villegas en repetidas llamadas particulares señaladamente en la segunda llamada general que acompañó al último volumen, relativo a la vida interior del porfiriato donde se advierte que le fue imposible por muchos años consultar el Archivo de Porfirio Díaz custodiado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional y que sólo pudo hacerlo cuando, gracias a la mediación de doña Marie Therese de Raigosa Díaz, propietaria del acervo, quien celebró convenio con una institución educativa privada (la Universidad Iberoamericana), logró que se limpiara, se clasificara y se pusiera el archivo a disposición del público. Aprovechó don Daniel para echar su cuarto de espadas contra la Universidad Nacional, no sin cierta injusticia, según me decía Luis González y González, pues el encierro del archivo en el Instituto de Investigaciones Históricas no era imputable sólo a la dirección del Instituto, había alguna indicación expresa de los propietarios originales.

En fin, esos son chismes que nos desvían de la segunda llamada general y última en la que don Daniel recapituló la experiencia y resultados visibles hasta ese momento —recordemos que tarde o temprano aparecen más cosas como resultado de la perspectiva histórica que se enriquece con el paso del tiempo.

Don Daniel Cosío Villegas explicó el paso del tiempo, la tardanza de 17 años para lo que se había prometido en seis. Advirtió que la validez de la periodización para la *Historia moderna de México*, época que corre de 1867 a 1911, como antecedente de la contemporánea, se había mantenido pese a la abundancia y detalle resultante al cabo de 23 años de trabajo y de diez volúmenes. Reconoció sin embargo el desborde temático y bibliográfico, a la confección de seis volúmenes para lo que se prometía ceñido a dos, aparte del primero de la vida social del porfiriato. Es más, la vida social del porfiriato logró ceñirse muy difícilmente en un solo volumen hubo de reconocer que la historia cultural limitada ahí para hacerla caber, debió haber sido tratada aparte, no sólo en el porfiriato, sino también en la República Restaurada.

Sobre la experiencia misma de la investigación, don Daniel confirmó la necesidad de trabajar en equipo para abarcar en tiempo razonable los materiales generados en una época que tendía a multiplicar, con las actividades, y el crecimiento de la población, la generación de testimonios. La desconfianza manifiesta en 1955, cuando apareció el primer volumen, *La República Restaurada, la vida política*, por un reputado historiador, nada menos que José Miranda, había sido superada con la aparición de subsiguientes volúmenes. Si José Miranda había expresado en la reseña intitulada "La república restaurada ¿fruto logrado?", su duda sobre la posibilidad de lograr un estilo consistente cuando había varios responsables de la obra, lo cierto es que, al encomendarse un volumen a un redactor responsable sin perjuicio de la concurrencia y discusión con otros miembros del equipo, esa unidad se había logrado.

Había además un logro neto:

...la investigación colectiva sujeta a la crítica del grupo y que concluye con la redacción personal, individual de un trabajo—decía don Daniel—, es una excelente ocasión para formar jóvenes historiadores que después levantarán el vuelo por propia cuenta (p. 243).

Tal había sido el ejemplo del seminario, seguido en la apreciación de diversos trabajos en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, donde la discusión previa era indispensable para remitirlo a la imprenta

Las reflexiones que siguen en esta última llamada general se refieren al sentido general de la época estudiada, en cuyo primer periodo, el de la República Restaurada, se extrema el logro de la democracia aun a riesgo de enfrentar grandes dificultades; luego se sacrifica, amordazando la prensa y diversos medios de crítica. Contrasta también la calidad de un Juárez, un Lerdo, un Iglesias cuya preparación intelectual era muy superior a la de Porfirio Díaz y Manuel González. Pero el aprecio que merecen estos como hombres de acción responsables irían subiendo de tono a medida que transcurre el tiempo. La última referencia de Díaz recoge el juicio que expresó Madero al decir que fue el autoritarismo lo que le impidió ser un buen gobernante, un autoritarismo que no puede explicarse en términos personales y que si a estas vamos, advertía Cosío Villegas al final del párrafo, "fue muy superior a todos sus contemporáneos, en particular a aquellos que de una u otra forma, en mayor o menor grado, compartieron su gobierno" (p. 248).

La dimensión regional fue la preocupación que apuntó al fin de la última llamada general. Los brotes de rebeldía en distintas partes del país, cuyo señalamiento reconoce había hecho tiempo atrás José C. Valadez, estudioso que publicó las primeras reflexiones sobre el porfirismo en los años en que Cosío Villegas iniciaba los trabajos del seminario, debían estudiarse en todo su significado. Lo cierto es que justo en los años en que Cosío Villegas cerraba las páginas de la *Historia moderna de México*, aparecían monografías regionales, iniciándose toda una corriente historiográfica que ahora es abundante y variada. Cosío Villegas esperaba esto, por más que hablara con cierto escepticismo al ver la forma en que iniciara labores el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

De alguna manera podemos calificar a la *Historia moderna de México* como el gran interés pagado por una cuenta pendiente en las empresas de Daniel Cosío Villegas. Se trata de la historia de la Revolución mexicana del siglo XX, campo cuyo cultivo quiso hacer a fondo y para ello se vio precisado a ahondar empeñando mucho tiempo, recursos y esfuerzo en el antecedente, la llamada *Historia moderna de México*, pues la contemporánea era la de la revolución y los regímenes.

Hubo sin lugar a duda cantidad de escritos sobre la época contemporánea. Si sumamos libros, artículos, notas, etcétera, quizá lleguemos a advertir que las páginas sobre la historia contemporánea se equiparan a las de la *Historia moderna*. Como quiera que sea, tenemos que advertir que Cosío Villegas intentó llevar a cabo otro seminario sobre la historia de la revolución mexicana, pero la empresa fracasó al desintegrarse el equipo en los años sesenta del ahora siglo pasado. Sin embargo no desaprovechó la oportunidad que se ofreció (bien procurada, por otra parte) cuando el presidente Luis Echeverría le preguntó que cuánto costaría realizar el proyecto de la historia de la revolución mexicana, pregunta hecha a boca de jarro en una comida en casa de don Daniel, a lo que éste ni tardo ni perezoso puso, no sé si precio, y logró que llegaran los recursos, que de inmediato colocó en un Fideicomiso a fin de que miembros de generaciones más jóvenes, encabezados por Luis González y González conformaran el equipo que dividido por periodos elaboró los tomos de la *Historia de la Revolución Mexicana* publicados por El Colegio de México a partir de los años setenta.

Esta es otra historia pero hemos de mencionarla porque, a querer o no, responde a las llamadas de don Daniel, hombre de libros y de preocupaciones inteligentes. €

El estudio del poder y el poder del estudio: Daniel Cosío Villegas

Hace un cuarto de siglo murió Daniel Cosío Villegas, educador, estudioso y crítico singular de los procesos políticos del México moderno y contemporáneo. Es claro que de entonces acá el país ha cambiado, sin embargo, muchas cosas persisten, entre otras, la necesidad de seguir examinando y construyendo nuestra vida pública con un espíritu e intensidad similares a los empleados por don Daniel.

Como lo apuntara el propio Cosío en sus *Memorias*, la elaboración de su gran obra historiográfica y que inició ya cumplidos los cincuenta años —los diez grandes tomos de la *Historia moderna de México* (1955-1972) con que buscó captar y explicar la historia política, económica y social del régimen liberal que se inició con Juárez y concluyó con la caída de Díaz—, surgió no como un mero proyecto académico sino como un intento muy personal de dar respuesta a una pregunta “angustiada”: ¿cómo explicar que el régimen que sustituyó al porfirista, es decir, el revolucionario, que tanta sangre y destrucción costó, hubiera terminado por convertirse en poco tiempo en un neoporfirismo?¹ El origen del fracaso de la Revolución debía encontrarse en su antítesis, en el porfiriato. Y el fracaso del porfiriato en algún punto de su brillante antecedente: la República Restaurada.

La angustia, disgusto y decepción de Cosío Villegas con la vida cívica del México de su tiempo, surgió de constatar que a menos de tres lustros de haber concluido el gobierno del general Lázaro Cárdenas, el país estaba ya dominado por un “neoporfirismo”. La reacción inicial de Cosío a esa afrenta se dio en el terreno del en-

sayo y la crítica moral, es decir, en su célebre “La crisis de México” (1947).²

“La crisis” fue, a la vez, una descripción y una explicación del fracaso de la Revolución Mexicana para cumplir con sus promesas fundamentales de justicia social y democracia política. El escrito tuvo un impacto inmediato porque fue una condena implacable de la clase política revolucionaria en su conjunto, por no haber sabido o querido estar a la altura de las circunstancias que le exigió la historia y haber sucumbido a la corrupción en gran escala propiciada por una estructura política, basada en la irresponsabilidad y la impunidad de una presidencia sin contrapesos.

Del ensayo —la condena moral— Cosío pasó a la explicación de fondo: a la investigación del origen histórico del “mal de la época”: de las razones que hicieron que lo que había empezado bien —la República Restaurada—, terminara mal —el porfiriato— y siguiera mal —la posrevolución.

A Cosío Villegas le cuadró explicar los grandes procesos políticos nacionales enfocándolos desde arriba, desde las élites. Él mismo se hizo cargo de la redacción de los tomos de la vida política interna y externa y dejó a otros los relacionados con la historia social y la económica. En el enorme relato que don Daniel hace del proceso político nacional de fines del siglo XIX e inicio del XX, el pueblo sólo aparece como un telón de fondo de las decisiones, acciones y omisiones de los pocos que realmente tenían opciones: los presidentes, sus secretarios de Estado, los gobernadores, generales, legisladores, jueces, caciques más un puñado de intelectuales y escritores. Ellos eran los que

¹Cosío Villegas, Daniel, *Memorias* (México: Joaquín Mortiz, 1976), p. 199.

²*Cuadernos Americanos* (marzo-abril, 1947), pp. 29-51.



estaban en la posibilidad de ejercer una libertad, relativa pero suficiente, en el campo del poder.

La élite de la República Restaurada, le pareció a Cosío un conjunto de “gigantes” con los que él se identificó desde entonces y hasta el final. Sin embargo, esos gigantes durarían poco y serían sustituidos por uno solo: el presidente “necesario”, por Díaz, el político hábil que nunca supo o quiso estar a la altura de su desafío, modernizar a México no sólo en lo material sino en lo político, es decir, en su espíritu cívico. Ahí falló rotundamente.

Ya otros han hecho el análisis detallado de la monumental *Historia moderna*, es decir, del liberalismo mexicano hecho sistema de gobierno y poder.³ Tras cerrar el examen del régimen porfirista, el esfuerzo intelectual y organizativo de Cosío Villegas se dirigió naturalmente a la etapa siguiente, a examinar el fracaso del nuevo régimen. Sin embargo, a la elaboración de la *Historia de la Revolución Mexicana*⁴ —un periodo que él mismo había vivido de cabo a rabo—, Cosío ya no le dedicó la misma energía que a la etapa anterior: no

³Krause, Enrique, *Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual* (México: Joaquín Mortiz, 1980), pp. 177-203; Hale, Charles, “The Liberal Impulse: Daniel Cosío Villegas and the *Historia moderna de México*”, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 54, núm. 3 (agosto, 1974), pp. 479-498.

⁴Se trató de una publicación de 23 volúmenes dirigida por Luis González y firmados por distintos autores y publicados por El Colegio de México entre 1977 a 1981.

podía y, además, ya sabía su secreto, ya no representaba un reto intelectual. Se contentó, pues, con organizar y dirigir el proyecto desde una cierta distancia, al igual que el de la *Historia general de México* y la *Historia mínima de México*. Sin embargo, la idea seguía siendo la original: descubrir, describir y explicar la ausencia de una vida cívica digna en México.

En los que serían sus últimos años, Cosío, además de supervisar el avance de la investigación sobre la historia de la Revolución, decidió volver al ensayo e intentar un diagnóstico muy personal sobre la última etapa del “mal de la época”: el presidencialismo. En realidad, don Daniel ya estaba en eso a partir del fatídico 1968 —el Tienanmen mexicano— mediante su ensayo semanal en las páginas del *Excelsior* de Julio Scherer. De ese ensayo periodístico pasó al ensayo de fondo con la redacción de una tetralogía sobre la situación política mexicana de los años setenta.

Para ese momento el sistema político posrevolucionario había dejado atrás el “periodo clásico” y había empezado a entrar en el de su decadencia. Los indicadores estaban ahí: el 68 y las guerrillas rurales de Guerrero y las urbanas del Distrito Federal o Monterrey, el caos fiscal del “neopopulismo”, la inflación, el déficit externo, la pésima distribución del ingreso; en una palabra, la crisis del “desarrollo estabilizador”.

Cosío Villegas, en su calidad de crítico liberal, enfocó sus baterías en lo que él llamó “el estilo personal de gobernar” de Luis Echeverría. Para entonces Cosío había logrado una relación cercana con su “objeto de estudio”: el presidente y varios miembros del “primer círculo del poder” —Porfirio Muñoz Ledo, Mario Moya Palencia, Fausto Zapata y Jesús Reyes Heróles—, y sólo su arraigada independencia impidió que ese contacto con un poder peligroso y tóxico para otros intelectuales, terminara en cooptación. La tensa relación personal de Cosío con Echeverría y los suyos, permitió al escritor ver de cerca a la presidencia autoritaria y lanzar con mejor efecto los dardos de la crítica. La situación terminó por irritar al “objeto de estudio”, que si bien por un lado le hizo objeto de deferencias, por otro, alentó la publicación de críticas anónimas y bajas contra el crítico público.⁵

Fue en esas condiciones que Cosío demandó un cubículo en El Colegio de México y un fluir hacia él de material de

⁵El más conocido es el folleto anónimo, repartido profusamente por correo a los cercanos a Cosío Villegas en 1974 y que se tituló “Dany, el sobrino del Tío Sam”, y que según el propio afectado, salió del Banco de Obras y Servicios Públicos, *Memorias, op. cit.*, p. 288.



la Hemeroteca Nacional –en la *Historia moderna* la consulta de la prensa había sido fundamental–, para elaborar su análisis de la etapa final del régimen posrevolucionario mexicano. En 1972 apareció *El sistema político mexicano*, en 1974 *El estilo personal de gobernar* y en 1975 *La sucesión presidencial* y *La sucesión: desenlace y perspectivas*. Se trató, a la vez, de un análisis de coyuntura y de un juicio severo de toda la posrevolución, aunque acojinado por un lenguaje de doble o triple intensión. Fue ese un ejercicio de crítica que puso en el centro de la mira a un presidente todavía en pleno dominio de un poder autoritario. El riesgo era mucho, pero resultó superior el atractivo de la empresa: emplear el estudio del poder para demostrar a la clase política el poder del estudio.

Los cuatro pequeños libros de la editorial Joaquín Mortiz donde Cosío Villegas plasmó su visión del sistema de poder nacido de la Revolución Mexicana y que alcanzó su madurez tras la II Guerra Mundial e inició su descomposición en los años sesenta, no fueron muy bien recibidos por los “profesionales” del análisis político de la época, pero resultaron un éxito de librería. La izquierda, que dominaba el ámbito académico, no reconoció la utilidad ni legitimidad de un enfoque liberal, que usaba un lenguaje comprensible y se centraba en la personalidad del presidente y sus colaboradores, en vez de poner el acento en los conceptos del marxismo y en la lucha de clases y en las contradicciones insalvables del capitalismo mexicano. Por

su parte, la politología estructural funcionalista tampoco gustó del lenguaje directo y casi sin aparato teórico, y por lo mismo no le concedió el valor que le dio entonces a, digamos, el análisis harvardiano de Roger D. Hansen y a otros similares provenientes de la academia extranjera.⁶ Sin embargo, el público ilustrado, el público ciudadano de clase media, leyó bien las obras porque, entre otras cosas, reflejaban sus preocupaciones y le resultaban comprensibles.

Si Cosío centró su análisis en la presidencia y el presidente fue porque no veía viable ni conveniente la ruta armada hacia el cambio. Tampoco observó signo alguno que le permitiera considerar a las urnas como clave del cambio. Así, sólo la reforma desde dentro y desde arriba parecía ofrecer alguna posibilidad, aunque remota, de salir del callejón histórico.

En el primer libro de la tetralogía, *El sistema político mexicano*, Cosío Villegas define muy a su estilo al sistema político posrevolucionario: “se trata de una Monarquía Absoluta Sexenal y Hereditaria por Línea Transversal”.⁷ El trasfondo de esa obra es el 68 y por ello plantea que el problema central de México era que desde hacía tiempo “la

⁶Hansen, Roger D., *The Politics of Mexican Development* (Baltimore, Md.: The Johns Hopkins Press, 1971).

⁷P. 31.

vida pública” no era pública. La cerrazón se había iniciado justamente a partir del nacimiento del PRI en 1928, pero después del cardenismo, se había institucionalizado el “misterio” del tapadismo. A esas alturas, la política mexicana ya había dejado fuera de lo público a casi toda la sociedad, pues la naturaleza antidemocrática del sistema se había ido acentuando con el correr del tiempo.

Las estructuras o piezas centrales que explicaban y sostenían tanto la notable estabilidad como la cerrazón de la vida política en México eran sólo dos: la presidencia y el “partido oficial predominante”, es decir, el PRI. La presidencia era un poder sin contrapesos que determinaba el curso básico de la vida pública y el PRI era el instrumento eficaz pero sin independencia. En esas circunstancias, las posibilidades de poner límites al presidencialismo arbitrario eran pocas y todas antidemocráticas. Si los partidos, las organizaciones de masas o la “opinión pública, no podían ser contrapeso de la presidencia, resulta que a esa sólo la podían limitar, que no controlar, los grandes grupos de interés económico”.

El PNR-PRM-PRI, había nacido para evitar desgajamientos en la clase política y para que la lucha interna corriera por cauces pacíficos. El éxito fue incuestionable, pero la moneda tuvo otra cara: la incapacidad del partido de transformarse a la velocidad que la sociedad lo hacía y requería. Se trataba de un partido enorme pero sin programa ni ideología, totalmente dependiente del presidente y centrado en las misteriosas y premodernas prácticas del “tapadismo”. En consecuencia el PRI que ya no tenía atractivo para la mayoría de la sociedad, que al no poder participar en política, tenía al sistema político en su conjunto como algo ajeno y cada vez se sentía más frustrada y desencantada con su situación y la del país.

Esa falta estructural de canales de participación política en un México estable pero antidemocrático, había propiciado el desarrollo de una estructura social inequitativa en extremo. Y cerrazón e inmovilidad políticas e injusticia social, combinaban mal con preservación de la libertad, la modernidad y la estabilidad. En el México de 1972 y a falta de mejores elementos, Cosío puso la esperanza de cambio constructivo, no en factores estructurales —no vio ninguno— sino en los muy endeblés e inseguros factores personales: en la supuesta voluntad de cambio de un “presidente predicador”, es decir, de Echeverría, y de un CEN del PRI encabezado por un intelectual: Jesús Reyes Heróles. Si los personajes volvían a no estar a la altura de las circunstancias —el tema del ensayo de 1947— el proceso político de México entraría en un callejón sin salida.



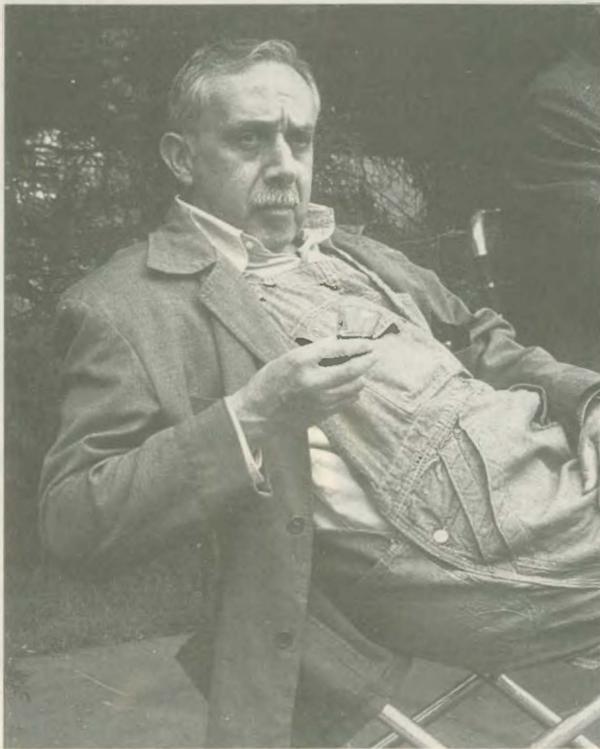
Si todavía en 1972 Cosío Villegas había considerado posible el cambio desde arriba y desde el centro, para 1974 esa posibilidad había desaparecido. En *El estilo personal de gobernar*, Cosío Villegas probó la certeza de lo advertido tres años antes por Robert Dahl: había una correlación entre el abuso de la palabra y la falta de acción decisiva: entre más se habla, menos se hace.⁸ Don Daniel contrastó a Echeverría —personaje “locuaz” y en monólogo perpetuo—⁹ con el presidente Cárdenas, un mandatario que casi no hablaba pero actuaba y con gran eficacia.¹⁰

La tesis de *El estilo personal de gobernar* era clara: en un sistema presidencialista sin límites, los defectos personales del jefe del Ejecutivo se vuelven características del sistema mismo y se amplían y multiplican hasta afectar la vida misma de la sociedad. Cuando el autoritarismo hace que la patología del líder se transforme en la patología del gobierno, entonces se está hablando de un sistema político enfermo. Cosío Villegas ya no pudo ver como su hipótesis se comprobaría perfectamente en los casos de José López Portillo o de Carlos Salinas de Gortari, hasta llegar al cambio de régimen en el 2000.

⁸Dahl, Robert, *After the Revolution?* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1971), p. 4.

⁹ *El estilo personal de gobernar*, op. cit., pp. 31 y 125.

¹⁰ *Memorias*, op. cit., pp. 299-300.



Para 1975 las fallas de la estructura política mexicana anunciadas en 1972 eran hechos comprobables, y el cambio desde dentro había resultado inviable. En *La sucesión presidencial*, y echando mano a las teorías dominantes y, sobre todo, de su propia y minuciosa reconstrucción de la historia reciente —el material básico se lo dieron las sucesiones presidenciales de 1940 y, en menor medida, las de 1946 y 1952— Cosío concluyó que las características de la transmisión del mando en el sistema posrevolucionario —el “tapadismo”— las había establecido el presidente Cárdenas en 1940, cuando no pudo impedir la entrada al juego sucesorio de un actor no deseado —Juan Andrew Almazán— y se vio forzado a imponer su decisión mediante el fraude y la violencia. A partir de ese momento, cada nueva elección permitió al presidente ir afinando sus instrumentos de control al punto que, a partir de 1956, pudo ya neutralizar cualquier oposición significativa dentro y fuera del PRI. Desde entonces y hasta 1988 no se movería una hoja del árbol de la sucesión sin la voluntad presidencial, pero luego todo entraría en crisis.

Lo que Cosío Villegas puso en claro en su penúltimo libro, fue como el “tapadismo” era el máximo proceso de manipulación política que, con el correr del tiempo, había perfeccionado los mecanismos de exclusión. En ese contexto, los intereses sociales organizados —campesinos, obreros y empresarios— sólo podían, en el mejor de los ca-

sos, intentar vetar candidatos y no más. El autoritarismo mexicano había logrado la perfección, pero a la larga le resultaría imposible mantener a la sociedad completamente fuera de un proceso fundamental de la toma de decisiones; el sistema se estaba volviendo, a la vez, más fuerte pero menos viable.

Meses más tarde salió la última parte de la tetralogía: *La sucesión: desenlace y perspectivas*. Ahí Cosío describió paso a paso el proceso mediante el cual Luis Echeverría controló el “destape” de “precandidatos” ficticios mientras se reservó para sí la decisión final. Con variantes, esta perversión de la democracia interna del partido oficial se volvería a repetir hasta agotarse. Cosío Villegas también explicó la necesidad ineludible de López Portillo de romper más temprano que tarde con quien le había entregado el poder, con Luis Echeverría. Como sabemos, la predicción, resultó exacta pero finalmente no resolvió ningún problema de fondo.

¿Cómo y qué concluir? Cosío Villegas fue un intelectual y un académico que cumplió de manera clara con las obligaciones que le imponían el papel que él eligió desempeñar. Eligió de entre los instrumentos a su alcance, los que mejor le parecieron para desentrañar “el mal de su tiempo”: la ausencia en México de una vida pública digna de tal nombre debido a un presidencialismo sin contrapesos. Sin ser revolucionario pero sí fiel a su propia ética —una ética liberal—, asumió una actitud muy crítica frente a un sistema de poder que, como en el porfiriato, volvía a violar sistemáticamente su propio marco legal y moral y, en el proceso, pervertía la totalidad de la vida pública mexicana.

Cosío Villegas, pudo haber optado por refugiarse en sus tareas como administrador o como investigador del pasado para excusarse de tomar partido en el presente. No lo hizo. Si bien no buscó el choque frontal con el poder, cuando lo juzgó adecuado, no dudó en poner bajo el lente de la crítica a un presidencialismo perverso que si bien ya tenía su legitimidad mermada, aún mantenía un enorme poder. Un poder que hubiera destruido, si se lo hubiera propuesto, a personajes con mucho más recursos que los que tenía don Daniel. Pese a todo, Cosío Villegas tomó el riesgo y entonces como hoy, se lo agradecemos. La figura objeto de su crítica, Luis Echeverría, pierde peso con el paso del tiempo y a la de Cosío Villegas le sucede lo opuesto. A un cuarto de siglo de la muerte de Cosío Villegas, se puede discutir si sus análisis fueron los mejores sobre la realidad de su tiempo —personalmente los considero certeros en la identificación del “mal de su tiempo”—, pero no creo que nadie discuta el valor del ejemplo. €

Don Daniel en El Colegio

Después de haber publicado "La crisis de México" en 1947, don Daniel mantiene un silencio inexplicable frente a los ataques de la clase política e intelectual. Se refugia entre sus amigos que, por confesión propia, va perdiendo poco a poco, y mantiene relaciones cuidadosas con algunos políticos. Moreno Sánchez, hombre sensible, magnífico escritor, político con autoridad, es uno de los raros que frecuenta.

La historia, sus monumentales volúmenes sobre el siglo XIX, algunos estudios particulares acaparan sus cuidados, sólo abandonados pasajeramente por sus actividades diplomáticas menores. Al parecer, sólo al parecer, se mantiene al margen de la política, sobre todo de la política nacional. Cuando quiere decir algo sobre el tema recurre a la historia que está escribiendo en ese momento. La vida política de liberales y conservadores, la diplomacia del momento pasado le apasionan, pero no deja de ser un espectador apasionado, no un actor. Su trabajo en esos años se lleva a cabo fuera de El Colegio de México: los vínculos con los gobiernos nacionales están reducidos a un mínimo. El antiguo fundador y director del Fondo de Cultura Económica publica sus mamotretos en una editorial extranjera –Sudamericana– y trabaja en la biblioteca de la Secretaría de Hacienda. En todos los sentidos es un marginal: mantiene una dirección en El Colegio que está plenamente en manos de don Alfonso Reyes y tiene a su lado a Luis González, de quien ni quiere ni puede prescindir y por quien ni quiere ni puede esconder la admiración y el cariño. Los demás, quizás también con la excepción de Antonio Alatorre, son prescindibles. Tiene una escala de hombres y valores debidamente ordenada, sin recurrir a nadie. A la marginalidad se añade la soledad. En el mejor de los casos admite alguna que otra mani-

festación de gratitud o de admiración. En su tebaida, medita y al final decide crear el Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México. Recibe un apoyo incondicional de la Rockefeller Foundation, suprime todas las becas que otorgaba El Colegio –lo que le valdrá odios sin cuento– y de pronto alcanza la presidencia de éste, presidencia única, absoluta y autoritaria, que mientras dure no compartirá con nadie. Las decisiones las tomará él y él solo, incluso discutir las o sencillamente comunicárselas a alguien le costará un trabajo infinito, y de antemano espera una aquiescencia rendida y, de ser posible, admirativa. Todo esto lo encontrará y, cuando no, lo impondrá.

No se trató del capricho del déspota o de la fría voluntad del tirano. Su vida anterior a la presidencia de El Colegio fue un cúmulo de experiencias, sobre todo de observaciones apasionadas sobre su mundo y los hombres y mujeres de ese mundo. También sobre las instituciones mexicanas y extranjeras. Las lecturas más seleccionadas y aprovechadas que abundantes fueron no ejemplos morales –aunque fue un moralista– sino exploraciones y lecciones de donde salían fracasos y éxitos. La UNAM fue una lección especial: era todo cuanto no se debía hacer, aunque la culpa no era de ella sino de los temores y aprovechamientos de los gobiernos que la fundaron y cargaron de todos los pecados que fueron apareciendo. Para explicar todo esto no tuvo un chivo expiatorio sino una *bête noire*: Alfonso Caso y la ley orgánica dada, a instancias de este hombre, a la universidad.

En Nuevo León tuvo un papel fundamental en la creación de la facultad de Economía, que de la noche a la mañana se convirtió en la primera del país. Confiada al cuidado de Consuelo Meyer que manejaba



profesores y estudiantes como un sargento de guardia prusiana, se convenció de que como en los ejércitos, la disciplina era la base del éxito. Nadie se atrevió a dudar del apotegma ni él en aplicarlo. Si no estuvo nunca muy convencido del valor de la vocación, tuvo una confianza ciega en el trabajo, en la presencia en el taller, la tarea respetada y mil veces iniciada era la que a la larga daba frutos. Tuvo un modelo lejano que, en México, se pudo observar a través de El Colegio: la Institución de Enseñanza de Madrid. Salir de la nada, reunir un grupo extraordinario de investigadores y escritores, conseguir un respeto casi supersticioso del mundo intelectual, saberse parar a las puertas de la política, mantener entre sus miembros una fidelidad sin falla y lanzarse como una falange macedónica al asalto de los puestos universitarios fue un caso único en España y será modelo del *Opus Dei* para las actividades de esta organización.

Fue un continuador quizás involuntario del regeneracionismo español. Su intención, al traer a México a los intelectuales españoles republicanos no fue sólo aprovechar una capacidad intelectual y científica probada sino

aprovechar un ejemplo de organización educativa en un momento en que este país se destrozaba en este terreno por las posiciones ideológicas irreconciliables de los educadores nacionales. Junto a esto la capacidad científica, el orden y la selección darwiniana —es decir, despiadada— de las universidades de Estados Unidos.

El líder no debe dudar de sí, le está prohibido mostrar cualquier debilidad o temor. Si tiene alguna falla y conciencia de ella, ante los demás no debe existir, en ningún caso debe aceptar no ser el mejor, el que se impone y dirige a los demás. Poco después de fundarse El Colegio, se ofreció a un grupo de estudiantes selectos un conjunto de cursos de sociología, economía e historia que completaran el currículo universitario. Otra vez el modelo institucionista: al rey lo que es del rey y la enseñanza a quien sabe enseñar. Los profesores fueron pues, como dicen los norteamericanos, *hand picked*. Entre ellos sobresalió uno, José Medina Echavarría, sociólogo formado en Alemania, letrado de las cortes españolas, introductor de Max Weber al mundo de lengua española, y hombre simpático y sabio como pocos, por no decir ninguno, de los que vinieron en



el exilio. Presentarse y ganar el amor y la reverencia de los estudiantes fue todo uno. Don Daniel no lo soportó y Medina Echavarría hubo de dejar el campo libre. Con el tiempo se lo reprochó a don Daniel en un artículo publicado por *El Colegio*; don Daniel hizo cuanto estuvo a su alcance para cerrar el caso y hacerse perdonar. Pero en el momento no dudó.

Su presidencia en *El Colegio de México*, el programa de estudios, fue una obra personal: desde la redacción del folleto donde se anunciaba la licenciatura en relaciones internacionales hasta la selección de los estudiantes de la 1ª promoción, la construcción del primer edificio que *El Colegio* tuvo en plena propiedad, la selección de los primeros profesores que iríamos —entre ellos estuve— al extranjero a continuar nuestros estudios, los profesores extranjeros que se invitarían, la revisión de los catálogos de las editoriales mexicanas y extranjeras para constituir un fondo de relaciones internacionales para la biblioteca, todo fue su obra personal. Quizás se asesoró con algunos especialistas de estas materias, con diplomáticos de carrera por algunos de los cuales sentía simpatía, pero no se advierte en todo esto una huella que no sea la suya. No que supusiera que el de hecho renovado *Colegio* fuera una obra póstuma, es más, fue, y así lo sintió, el inicio de una nueva madurez, el reinicio de una vida pública y académica donde se manifestaría una plenitud hasta entonces nunca sentida por haber sido una responsabilidad compartida de la que estaba ausente por fuerza el proyecto exclusivamente personal.

El triunfo, pues triunfo fue, desbordó las fronteras de *El Colegio*. En el terreno de las relaciones internacionales no se puede hablar ya de un campo de estudio nuevo en México —hasta entonces sólo en la UNAM y en la

Universidad Femenina se estudiaba diplomacia— sino de una moda que invadió las instituciones de educación superior en toda la República Mexicana. Programas, procedimientos de selección, métodos de enseñanza cambiaron en el estudio de las ciencias sociales. Fue una revolución silenciosa y radical, pues por primera vez se abandonaban las líneas pedagógicas de la UNAM, superadas por cuanto había aparecido en las universidades extranjeras.

La obra personal de don Daniel en *El Colegio* se lleva a cabo entre octubre de 1959, fecha del fallecimiento de don Alfonso Reyes, y enero de 1963, en algo más de dos años. Por razones nunca explicadas se supuso una sobrecarga de trabajo, abandonó el cargo de presidente sin decir adiós. Durante meses no supimos de él. Reapareció con nuevas ideas, que nada tenían que ver con *El Colegio*. Su nuevo campo no lo fue demasiado: la política y el periodismo, abandonados durante veinte años. El éxito fue inmediato y una simpatía popular o, más precisamente, salida de la clase media le acompañó desde sus primeros artículos en *Excelsior* y sus libros publicados por Joaquín Mortiz. Nos encontramos —los de las comidas de los lunes— con un hombre nuevo, al que ni una sordera progresiva pudo aislar de los demás. Alegre, violento de manera más aparente que real en las discusiones, abierto a todo y en principio a todos, conservaba un derecho de veto sabiamente administrado. La vejez no le venció, se limitó al dulcificar su carácter en la vida de todos los días pero no en sus escritos. Uno de los últimos fue un bestiario donde destrozaba a la clase política con una saña nunca vista en él. Me pidió mi opinión y le sugerí que no lo publicara. Entonces me ordenó destruir el manuscrito en mi poder. Lo hice. Todavía me estoy arrepintiendo. €

VÍCTOR L. URQUIDI

El legado de Daniel Cosío Villegas, 25 años después

Para algunos, un cuarto de siglo pasa aprisa, junto con el olvido. No en este caso, el de Daniel Cosío Villegas. Antes bien, su figura se agiganta. Yo lo conocí a mi regreso en septiembre de 1940 de mis estudios universitarios en Inglaterra, llevado a visitarlo por Javier Márquez, quien trabajaba en la pequeña oficina del Fondo de Cultura Económica de la calle Madero, en el edificio del Banco Nacional Hipotecario y de Obras Públicas. Tenía pocas referencias de él, aunque sabía que había tenido a su cargo la representación diplomática de México en Portugal hacia fines de 1936, pues mis hermanas habían sido inscritas en una escuela británica en esas fechas en Carcavellos, unos kilómetros al norte de Lisboa. Mi plática con él fue breve: me encargó la traducción de un libro de texto de economía, titulado simplemente *Economics*, del profesor Frederic Benham, quien, daba la causalidad, había sido maestro mío en 1937-1938 al impartir él un curso elemental de economía en la Escuela de Economía y Ciencia Política de Londres, curso que, leído perseverantemente su largo tren de páginas por su autor, fue el texto que compramos todos los alumnos. Así es que conocía bien el libro, gracias al cual pasé bien los exámenes de primer año. Ni siquiera le pregunté a don Daniel cuánto pagaban por la traducción, tan necesitado estaba yo de un ingreso adicional al del modestísimo sueldo con que me había iniciado en el Departamento de Estudios Económicos del Banco de México. El único consejo que me dio don Daniel fue que leyera a Azorín, para “agarrar” buen estilo, y que me acordara que los adjetivos, en español, suelen ponerse después del sustantivo, y los adverbios tras los verbos, al revés de lo común en la lengua inglesa. El Fondo empezaba ya a tener temor de los anglicismos y de las malas traducciones; de éstas se podría hacer antología durante muchos años, como comprobé yo repetidamente.

Concluida la traducción, un día la vi publicada bajo el título *Curso superior de economía*. ¿Cómo andarán los estudios de economía en México si ése será el curso “superior” que en Londres nos daban en primer año?, me dije. ¿Y cuál será el “inferior”? Pues resultó ser uno que traducía Javier Márquez, por cierto muy bien traducido, que en Inglaterra se ponía a nivel de bachillerato o preparatoria. Menos mal que ambos libros alcanzaron en México reimpressiones sucesivas para ilustrar a los economistas en formación. Cuando escribí a mi profesor enviándole la traducción impresa, recibí una atenta nota de respuesta; tal vez la palabra “Superior” le llamó la atención. Hubo, por supuesto, otra obra con el título *Curso medio de economía*, de un autor alemán, traducido a un español ininteligible, creo que más bien por deficiencias del alemán original.

Más adelante, impulsado además por Javier Márquez, seguí haciendo traducciones para el Fondo de Cultura Económica, una de ellas al alimón con él, sobre comercio internacional. Los que traducíamos para el Fondo pronto tuvimos una relación más cercana con don Daniel, así como con don Alfonso Reyes, cuya oficina estaba al lado, allí en Madero como después en Pánuco 63. Este último era el verdadero centro intelectual, pues Daniel Cosío y Alfonso Reyes, presidente entonces de El Colegio de México, disponían en la calle Pánuco de oficinas que nos parecían casi grandiosas, y el personal del Fondo había aumentado. Se organizaron seminarios multidisciplinarios, sobre América Latina y sobre la Posguerra. En 1943 se abrió un Centro de Estudios Sociales dirigido por José Medina Echavarría, con profesores de la talla de Manuel Pedroso, José Gaos, Ramón Iglesia, Silvio Zavala, Vicente Herrero, José Miranda y otros; yo enseñaba economía y demografía al peque-



ño grupo de alumnos, y los ponía a leer y les pedía escribir reseñas de libros, para mayor seguridad.

Cosío Villegas intervenía en todas estas actividades. Viajaba también a Sudamérica, en la época del DC-3, en busca de autores para la Colección Tierra Firme del Fondo; conocía a medio mundo en Buenos Aires. Él influyó en la primera invitación que hizo el Banco de México a Raúl Prebisch en 1943. Desde el Banco de México, don Daniel, en 1941, había dado impulso a los estudios industriales, asunto que interesaba a Eduardo Villaseñor, su Director General. Se encargó la dirección de esos estudios al sabio ingeniero don Gonzalo Robles.

Cuando empezaron a llegar las propuestas norteamericanas y británicas para el orden monetario y financiero mundial de la posguerra, Cosío Villegas inició su examen, dada su experiencia como agregado financiero de la embajada de México en Washington unos años antes y su participación temprana en una conferencia panamericana en Montevideo en que se trataron algunos de esos temas. Tuve la suerte de acompañarlo en los estudios de la posguerra desde las primeras etapas, pues mis antecedentes de formación en Londres habían abarcado cursos y lecturas sobre moneda y banca. Para el primer análisis insistió él en que nos fuéramos a Acapulco un mes, para no tener distracciones en el Distrito Federal, y allí redactamos el informe que dio pie a la posición que llevaría México a Bretton

Woods, hábilmente negociada en 1944 por el licenciado Eduardo Suárez, Secretario de Hacienda, y presentada por Rodrigo Gómez. A nosotros nos tocó atender los asuntos relativos a la creación del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (hoy Banco Mundial), en la comisión encabezada por Keynes.

Para entonces no sólo tenía yo con Daniel Cosío una amistad que rebasaba las formalidades de la relación de trabajo, sino que empecé a darme cuenta de su vasto interés y conocimiento de las ciencias sociales y de la historia contemporánea de México, y comprendí que entre los muchos mayores con los que yo trataba podía aprender de él más que de ningún otro, por su rigor, su absoluta honestidad intelectual, su defensa de las mejores causas. Le consultaba yo infinidad de cosas, a veces los domingos por la mañana en su casa de San Ángel, en su biblioteca o dando pasos en el jardín. Es claro que él influyó mucho en mí, aunque teníamos también diferencias. Le sugería libros para ser traducidos y editados por el Fondo de Cultura Económica. Me confió él a su vez la dirección de *El Trimestre Económico*.

Cuando estuve fuera del país un par de años, de 1947 a 1949, mantuve contacto epistolar con él. En los años cincuenta, de mi trabajo con Prebisch y la CEPAL, compartía con don Daniel mis experiencias en Centroamérica cuando ayudaba yo en la construcción institucional del mercado común y la integración económica de esa región. Cosío

conocía bien una parte de esa zona; en cierto momento pude serle útil en sus gestiones para consultar los archivos históricos de Guatemala. En fin, cuando dejé la CEPAL en 1958 y él era embajador representante de México ante el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, me invitó a formar parte de la delegación a la reunión ese año en Ginebra, en que él se desempeñó muy eficazmente, en forma destacada e inteligente. Compartimos también unos días en la subsiguiente Asamblea General de Naciones Unidas. Y en 1959 lo acompañé de nuevo a Ginebra.

Más adelante, dedicado él ya de lleno a la *Historia moderna de México*, lo veía con frecuencia en su oficina de la Torre Latinoamericana. Tuvo tiempo también en esos años para ayudar a crear la Escuela de Economía de la Universidad Autónoma de Nuevo León, y para establecer el Centro de Estudios Internacionales y el Centro de Estudios Económicos y Demográficos en El Colegio de México; de él fue, enteramente, por cierto, la idea de incluir los estudios demográficos. En esas tareas también me invitó a colaborar. En El Colegio, se veía que su nueva dedicación a la historia le absorbería todas sus energías, que eran muchas, y un día nos pidió al licenciado Antonio Martínez Báez y a mí que hiciéramos las gestiones para invitar al doctor Silvio Zavala, entonces en París, a sucederlo en la Presidencia de El Colegio de México, como efectivamente ocurrió en 1963. Sin embargo, don Daniel mantuvo su mirada crítica sobre lo que ocurría en El Colegio, y cuando el doctor Zavala aceptó en 1966 el nombramiento como Embajador de México en Francia, ofreciéndome a mí que asumiera la presidencia de El Colegio, tuve que soportar de don Daniel uno de esos regañones epistolares que lo hicieron famoso, en este caso para insistir en que mi paso por la presidencia no fuera simplemente interino —observación a la que no me fue necesario hacer caso, pues me había permitido dejar bien en claro a la Junta de Gobierno que aceptaría la designación siempre que asumiera plenamente las funciones del cargo, sin límite condicionado.

Don Daniel se alejó al principio un poco de El Colegio, pero surgió la idea de hacer la *Historia de la Revolución Mexicana*, y con ese motivo, y con el apoyo que pude darle al proyecto, sobre todo ampliando el presupuesto necesario y ayudando a conseguir los fondos, le ofrecí un cubículo y los servicios necesarios para sus propios escritos, ya centrados en el periodismo crítico de la vida política en México. Estos temas los discutíamos mucho con Cosío en las célebres comidas de los lunes con un pequeño grupo de profesores, en La Lorraine y a veces en el Centro Gallego.



En los años que siguieron, cuando llegó el momento de obtener apoyo presidencial para ampliar las actividades de El Colegio y poder concentrarlas en un edificio diseñado ex profeso, y habiéndose superado ya todos los trámites, me aceptó don Daniel una visita a la obra, él ataviado con su clásico overol de ferrocarrilero, en una camioneta que recorrió las partes transitables del predio. Su comentario no me fue muy favorable: “Esto se ve demasiado grande, Victoriano” (como me llamaba). Pocas semanas después sobrevino su fallecimiento.

Eran otros tiempos. Veníamos de edificios pequeños, insuficientes, y de una veintena de departamentitos y casas viejas de la colonia Roma. En la biblioteca no cabía ya ni un opúsculo del mismo don Daniel. Había necesidad de más salones de clase, de decenas de cubículos, de un gran auditorio, de un centro de cómputo, de espacios para encontrarse todo el mundo, bueno... de todo. El Colegio entraba a una etapa ampliada, de hecho generada por el pensamiento y la acción del propio don Daniel.

Aparte de las anécdotas, la trayectoria de El Colegio llevaba a la conversión de esta institución, como alguna vez escribí, en “El Colegio de las Ciencias Sociales”, sin menoscabo alguno de su tradición ya establecida como centro de estudios históricos y filológicos, y fortalecido por las nuevas áreas de estudio y de investigación que se incorporaron de



1960 en adelante —por más que algunos profesores empezaron a añorar la época primitiva, los “viejos tiempos”. La expansión fue fruto de la gran visión que tuvo Daniel Cosío Villegas. Su experiencia anterior había sido amplia y variada. Como diríamos ahora, su enfoque fue desde un principio “multidisciplinario” o “transdisciplinario”, a la vez que humanista. Lo había mostrado desde joven, al pasar del derecho a la sociología, después a la economía y las finanzas, a la economía agrícola y la industrial, a la estadística y la demografía, a la diplomacia y a la politología.

En el Fondo de Cultura Económica, su labor lo llevó muy pronto a una amplia gama de sectores de las humanidades y las ciencias, a acercarse a las novedades salidas de universidades norteamericanas y europeas, al conocimiento que aportaban personalidades distinguidas de buen número de países de la región latinoamericana. Su íntimo aprendizaje de las realidades mexicanas, su intuición histórica, lo llevaron a vincular nuestra existencia pasada y la reciente como nación con la actualidad del país en los umbrales de la segunda Guerra Mundial. Su cercanía a la tragedia de España lo hacía muy sensible a lo que podía venir después. Por ello contribuyó notablemente a que el gobierno de México invitara a los universitarios y otras luminarias del sector intelectual de España a trasladarse a lo que fue La Casa de España en México. Le atraieron, y le preocuparon, los planes y proyectos para la posguerra que emanaban de Estados Unidos, casi sin consulta con otros países, salvo Gran Bretaña, y a espaldas de las naciones latinoamericanas, incluido México.

Sin embargo, El Colegio, que sucedió a La Casa de Espa-

ña, no podía abarcar sino un número limitado de las ramas del saber. En 1960, su presupuesto era probablemente todavía inferior al millón de pesos anuales; alcanzaba para muy poco. No obstante, se había formado ya una buena biblioteca, y existía una intangible solidaridad entre los maestros y entre los alumnos, centrada en la dedicación académica, sin desvíos ni complicidades. Ya era El Colegio un centro de debates. El insistir en profesorado que tuviera amor por la investigación, a tiempo completo, con alumnos también de dedicación plena, creaba condiciones poco comunes en México para la continuidad de las tareas académicas, en forma rigurosa y cumplida.

El legado de don Daniel fue muy rico. Entre otras cosas se materializó en la formación de algunas centenas, quizá más, de egresados que han destacado en todos los órdenes, en la publicación de obras importantes, en un personal académico en su gran mayoría consciente del valor de la tarea empeñosa iniciada años atrás y carente de las tentaciones del poder político, y en un acervo de lo que hoy llamaríamos “informática” que él, Cosío Villegas, apenas visualizó como se le muestra en el relieve hecho por el gran artista regiomontano, Federico Cantú —que se colocó el día de la inauguración del presente edificio—, como libros bajo el brazo, aun cuando debe reconocerse que aprendió él mismo el valor de la comunicación por los medios electrónicos, en que sobresalió repetidas veces.

Todo legado debe cuidarse y mejorarse. A esa tarea nos hemos dedicado la mayoría en esta institución, en un país donde las instituciones se estancan, se petrifican, en lugar de evolucionar hacia nuevas realidades, conforme a principios incólumes. Eso es lo que nos enseñó Daniel Cosío Villegas. ◻



Búsquelo en librerías

HISTORIA MEXICANA

VOL. I.

ABRIL-JUNIO, 2001

NÚM. 4

200



EL COLEGIO DE MÉXICO



EL COLEGIO DE MÉXICO

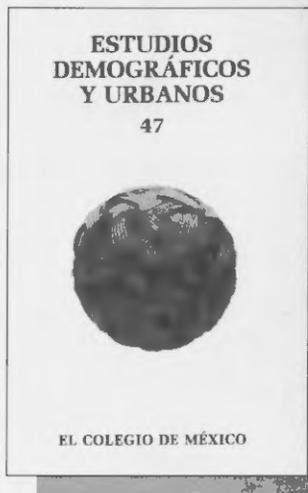
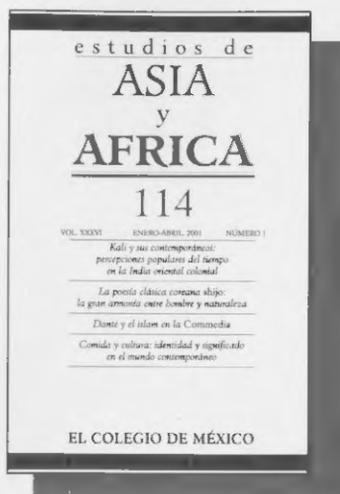
El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.

Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,

Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:

publi@colmex.mx

PUBLICACIONES PERIÓDICICAS

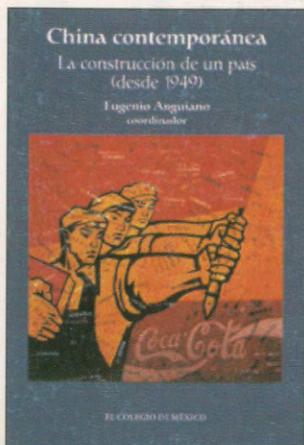
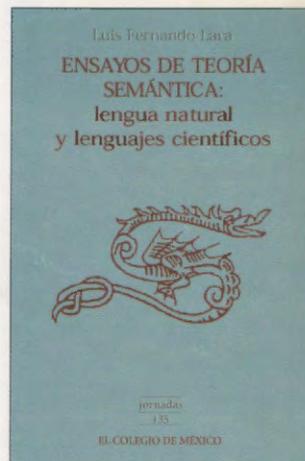
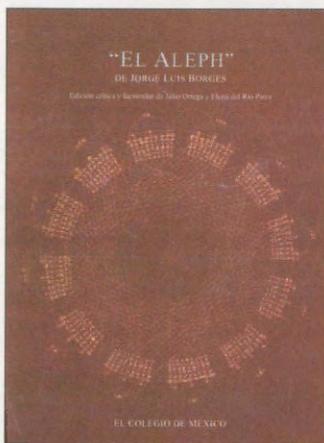
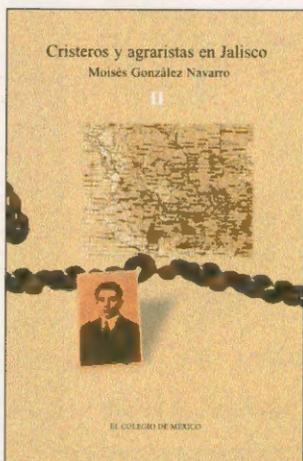
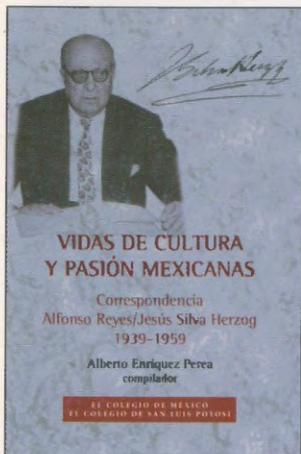


EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.
 Para mayores informes:
 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
 publi@colmex.mx



NOVEDADES



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.
 Para mayores informes:
 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
 publi@colmex.mx

